

Estructuras agrarias y migración interna en una perspectiva histórica: estudios de casos latinoamericanos

JORGE BALÁN *

INTRODUCCIÓN

Este artículo examina los principales cambios en los patrones de migración interna de América Latina, concentrándose en el papel que desempeña la estructura social agraria en la explicación de dichas variaciones. Los cambios históricos que se analizan aquí se realizaron durante los últimos cien años, en un principio como consecuencia de la creciente comercialización agrícola y más tarde como resultado de la industrialización.

Se argumentará que la comercialización agrícola a partir de los últimos años del siglo XIX propició en varias regiones del continente una creciente migración interna, la cual se caracterizaba por: un destino rural, predominio de desplazamientos estacionales a través de distancias cortas y un alto grado de industrialización acompañado a menudo del empleo de coerción. Estas características fueron una respuesta a la escasez de mano de obra originada por factores demográficos, socioeconómicos y políticos. En este artículo se presenta como hipótesis el hecho de que la naturaleza de la estructura social agraria —el patrón particular de relaciones sociales en las zonas rurales— constituye una causa principal de las variacio-

* El autor está afiliado al Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES) en Buenos Aires, Argentina. Este artículo es una versión revisada de la ponencia presentada en el Seminario sobre Nuevos Enfoques Conceptuales de la Migración en el Contexto de la Urbanización organizado por el (IUSSP Committee on Urbanization and Population Redistribution) y celebrado en Bellagio, Italia del 30 de junio al 3 de julio de 1978. El autor agradece los comentarios críticos de Peter Peeck y de otros participantes en el Seminario, de varios colegas del CEDES y de dos lectores de IUSSP.

nes en la elasticidad de la oferta de mano de obra y en la naturaleza de su demanda, y —por lo tanto— en las características de la migración interna.

A partir de la década de los treinta, la acelerada industrialización provocó cambios importantes en los patrones de migración interna, la que desde entonces se caracterizó por: un destino urbano; un predominio de desplazamientos permanentes a través de distancias largas; y un menor grado de institucionalización, con una legislación que reglamentaba los mercados de trabajo sustituyendo la coerción y otros métodos que habían controlado directamente la migración. La escasez de mano de obra provocada por cambios demográficos y socioeconómicos dejó de ser un problema en el campo. Las variaciones en la estructura social agraria y en la transformación de la producción agrícola son factores importantes en la explicación del volumen y de los patrones de migración interna observados en diferentes zonas.

Al analizar la migración interna, nos concentramos en el sector rural y empleamos una perspectiva histórica con el objeto de compensar en cierta medida la preferencia por el enfoque urbano mostrada por un gran número de estudios sobre los patrones actuales de migración a las ciudades en los países en desarrollo.¹ Esta inclinación hacia lo urbano parece ser muy evidente en los modelos económicos que siguen la tradición de Lewis, incluyendo los desarrollos más recientes de Michael Todaro.² También está presente en la literatura sociológica relacionada con la modernización y la adaptación a la vida urbana, tan de moda en los años cincuenta y sesenta.³ Ambas tradiciones tienden a considerar al sector rural como un sector más bien homogéneo y estático. Esta predilección puede justificarse en parte por el interés en los problemas actuales de la acelerada urbanización. Sin embargo, el olvido de las variaciones en el sector rural y en las situaciones históricas específicas que afectan la movilidad propicia ciertos malentendidos en los problemas actuales de urbanización. La noción de una sociedad tradicional caracterizada por una oferta de mano de obra limitada, aunque se utilice con el objeto de simplificar, no percibe las enormes variaciones que pueden encontrarse en las tasas de emigración a partir de zonas rurales; el tipo de lazos que los migrantes mantienen con sus sociedades de origen; ni el predominio de diferentes tipos de migración (temporal y permanente, individual y co-

¹ Ni el enfoque rural ni la perspectiva histórica son totalmente nuevos en el análisis de la migración. En los últimos años ambos han recibido mucho apoyo, debido principalmente a los estudios de los historiadores sociales y económicos sobre la historia agraria. En el contexto latinoamericano, véanse especialmente los cuatro volúmenes de *Migración y Desarrollo*.

² El estudio clásico es el de Lewis (1963). El análisis más reciente sobre migración interna dentro de esta línea de pensamiento es el llevado a cabo por Todaro (1976). Para una eficaz crítica a este enfoque, véase Peek (1978).

³ Para una crítica y revisión del enfoque de la modernización en el análisis de la migración a las ciudades, véase Muñoz *et al.* (1974).

lectiva, a ciudades y a zonas rurales) desde diferentes zonas, o los lazos que existen entre ellos. Los efectos que estas características de la emigración rural tienen en la urbanización no pueden captarse si no se toman en cuenta las variaciones en la estructura social agraria.⁴

El artículo está organizado alrededor de los dos campos principales que introducen dos periodos ampliamente definidos en la historia reciente de América Latina: la comercialización acelerada de la agricultura bajo condiciones de escasa disponibilidad de mano de obra que se llevó a cabo desde fines del siglo XIX hasta la década de los treinta, así como la industrialización acelerada bajo condiciones de una gran disponibilidad de mano de obra que se llevó a cabo a partir de entonces. Los estudios de caso históricos se emplean de manera selectiva para mostrar los patrones predominantes y sus variaciones. El uso de ejemplos concretos tiene por objeto también evitar cualquier tendencia a generalizar las características de la migración interna a toda la región o a periodos prolongados.⁵ Ofrecemos un resumen de los procesos económicos, sociales y demográficos de América Latina y de sus principales variaciones en diferentes países de este continente. El lector podrá encontrar información adicional en las notas al pie de página y en las referencias.

MIGRACIÓN INTERNA Y ESTRUCTURA SOCIAL AGRARIA BAJO CONDICIONES DE ESCASEZ DE MANO DE OBRA

Contexto histórico y marco teórico. Es comúnmente aceptado que el primer siglo de dominación ibérica en el Hemisferio Occidental dio como resultado un gran descenso demográfico.⁶ Una consecuencia duradera de ello fue una densidad de población muy baja, la cual hizo que la mano de obra fuera más escasa que la tierra o el capital. Las instituciones económicas clave en la época colonial eran aquellas que regulaban la utilización de la mano de obra y la apropiación del trabajo excedente. Las

⁴ La importancia de la estructura agraria en la urbanización es estudiada detalladamente por Roberts (1978).

⁵ Aunque este artículo se refiere a América Latina, el lector debe estar consciente de las grandes diferencias que existen dentro de esta región. Los razonamientos que aquí se expresan se refieren principalmente a los países que tuvieron una mayor incorporación al mercado mundial en el siglo XIX y que experimentaron una rápida industrialización durante el siglo XX, debido en parte a la expansión de las exportaciones del sector primario. Estos son los países de mayor extensión geográfica y con mayor población: Brasil, México y Argentina, cuyos casos son utilizados a lo largo del estudio como ejemplos.

⁶ Para diversas estimaciones del descenso de población después de la conquista, véase Sánchez-Albornoz, 1977, capítulo 3.

donaciones de tierra por parte de la Corona no tenían gran importancia a menos que conllevaran el control sobre la mano de obra indígena, reglamentada por otras medidas institucionales. La organización social y económica de la producción agrícola estaba invadida de estas disposiciones, tanto en las grandes propiedades como en las tierras comunales.

Los elementos esenciales de la economía colonial estaban ligados con la producción de bienes que podían ser embarcados hacia España y Portugal. De acuerdo con S.J. y B.H. Stein (1970:28), dichos elementos consistían en una serie de centros mineros, regiones agrícolas y ganaderas para el abastecimiento de productos alimenticios y materia prima, y un sistema comercial. Durante siglos, el oro y la plata (principalmente la plata, hasta que se descubrieron grandes cantidades de oro en Brasil) constituyeron las exportaciones coloniales de mayor importancia. Muy pocos de los demás bienes —con la excepción del azúcar, principalmente— tenían una demanda constante en Europa y justificaban el costo y las dificultades que implicaba en dicha época la transportación marítima. De este modo, los mercados externos de los productos agrícolas eran muy limitados. En los centros mineros y en las ciudades, los mercados internos tenían mayor importancia aunque eran también bastante pequeños. Los costos de transporte en las tierras altas y la escasez de mano de obra fueron factores adicionales que dificultaron la comercialización de la agricultura.

La población se estabilizó a mediados del siglo XVIII y después fue creciendo lentamente; parece ser que el ritmo de crecimiento fue muy desigual. Según Sánchez-Albornoz, la población indígena se recuperó más rápidamente en México que en Perú y Bolivia, las dos zonas de concentración (Sánchez-Albornoz: Cap. 4). No obstante, la expansión más impresionante fue la de Brasil, debido a la introducción masiva de esclavos africanos. Durante el último tercio del siglo XVIII, las tasas de crecimiento de la región se elevaron de manera notable. Esta expansión demográfica fue consecuencia de diversas fuerzas que contribuyeron a afectar diferentes regiones. Por un lado, estaban los factores exógenos, principalmente la expansión económica y demográfica a nivel mundial que estimulaba la apertura de nuevas tierras y la intensificación de los cultivos, especialmente en las regiones costeras de América Latina. Muchos centros urbanos experimentaron una expansión comercial. La inmigración y el descenso de la mortalidad provocaron un rápido crecimiento demográfico en las ciudades y en las regiones costeras. Por otro lado, estaban también los factores endógenos, principalmente la disponibilidad de tierras ociosas debido a la catástrofe demográfica. Este factor fue más importante en las zonas rurales no costeras en donde la densidad de población era más alta.

Durante el último tercio del siglo XIX, se llevó a cabo en toda América Latina una rápida expansión de la agricultura comercial (Cortés-Conde, 1974). Esto fue una consecuencia de la acelerada industrialización en Europa y Estados Unidos que provocó una demanda creciente de mate-

rias primas y bienes alimenticios, una oferta mucho más abundante de capital y una revolución en la transportación marítima y terrestre. El ingreso de América Latina al mercado mundial como productor de bienes primarios estimuló un gran número de actividades urbanas y contribuyó al rápido crecimiento de la población urbana. A su vez, estos acontecimientos crearon un amplio mercado interno para los productos agrícolas, lo que más tarde estimuló la producción agrícola con orientación mercantil. Cualquiera que haya sido la serie de causas en los casos específicos, la experiencia general fue una expansión sin precedentes de las oportunidades comerciales en el sector rural, el que bajo el sistema comercial había sido en gran medida secundario, detrás de los sectores minero y urbano.

La rápida expansión económica que empleaba una tecnología con uso intensivo de mano de obra, característica del siglo XIX, dio como resultado una demanda de mano de obra sin precedentes en la agricultura, así como en la minería, la construcción, el transporte y el comercio. Obviamente, esta demanda era mayor en ciertas zonas, y no necesariamente en aquellas en las que la población era más numerosa. De hecho, la expansión del sector primario orientada principalmente hacia la exportación se llevó a cabo en las regiones costeras y en las zonas templadas del continente, en donde el número de habitantes era extremadamente bajo. Esto originó importantes procesos de redistribución de la población a través de la migración tanto internacional como interna (Hardoy y Langdon, 1978). Incluso en las regiones en las que la población era relativamente densa, la migración era la respuesta lógica a una expansión de las oportunidades económicas. En ese sentido, la relación entre comercialización de la agricultura y migración no resulta problemática. Lo que sí es problemático, sin embargo, es ¿quién migró (y quién no lo hizo) y por qué? ¿Cómo se organizaba socialmente la migración? ¿Qué tipo de incentivos se utilizaron para contratar la mano de obra y qué resultado tuvieron? ¿Cómo se relacionaban los patrones migratorios con la estructura social en los lugares de origen y destino?

Para responder a estas interrogantes, examinaremos en este artículo ejemplos de migración en diferentes países y regiones de América Latina. La tesis principal se deriva de una bien conocida relación, formalizada recientemente por Evsey Domar, el historiador de la economía (Domar, 1970; Wallerstein, 1974: 86-129). Como afirma Domar, existe una incompatibilidad entre la existencia simultánea de una clase de terratenientes que no trabajan y un campesinado libre en una zona con frontera agrícola abierta. Si los terratenientes necesitan conseguir mano de obra para cultivar sus tierras, los campesinos deben convertirse en proletarios o bien su libertad debe reducirse. La hipótesis afirma que el campesinado no trabajaría voluntariamente las propiedades del terrateniente ni le proporcionaría parte de su producción si se le permitiera subsistir de manera independiente y extenderse por medio del acceso a las tierras libres. Según Domar, la servidumbre y la esclavitud son respuestas

usuales a la escasez de mano de obra en la agricultura, cuando en otras circunstancias la tierra estaría a la disposición del campesinado.

¿Qué implicaciones tienen dichas condiciones —que por lo general existieron hasta hace poco en la sociedad agraria de América Latina— en el análisis de la migración?⁷ Podría argumentarse que sería muy difícil inducir a un campesinado libre a trabajar para el terrateniente o inducirlo, a través de incentivos salariales, a migrar en busca de trabajo, a menos que el acceso a la tierra estuviera seriamente limitado. Cuando existieran proporciones desfavorables entre trabajador y tierra, los terratenientes emplearían diversas formas de coerción en su trato con los campesinos. La migración estaría altamente institucionalizada y controlada por los terratenientes o por sus representantes. Cuando, por el contrario, el campesinado estuviera presionado por la escasez de tierras o por la introducción de nuevas necesidades, se llevaría a cabo un proceso de proletarianización. En este caso, la oferta de trabajo asalariado en otros lugares podría provocar la migración temporal o permanente de algunos miembros del campesinado.

En realidad, los terratenientes intentan a menudo limitar la reproducción del medio de vida de los campesinos, restringiendo el acceso a la tierra o creándoles la necesidad de dinero en efectivo, más que forzando de manera directa la migración de los trabajadores. Lo mismo puede decirse de la necesidad que tienen los terratenientes de una oferta local de mano de obra campesina; las medidas más usuales para incrementar esta oferta son: la reducción de los terrenos arrendados o el paso al arrendamiento con pago en efectivo. La distancia aumenta los costos y riesgos del transporte y los terratenientes organizan la migración para que ambos disminuyan. Los medios típicos para forzar la migración en busca de salarios son medidas tales como: expropiación de las tierras comunales de los campesinos; aumento de impuestos o del alquiler de las tierras; sustitución de las rentas en especie por las rentas en efectivo; control de los terratenientes sobre la producción o comercialización de ciertos bienes como el alcohol; y, de manera más general, creación de necesidades que no pueden satisfacerse a través de la producción campesina local.

Los patrones de utilización de mano de obra que los terratenientes emplean con la población local tienen una clara influencia sobre los patrones de migración de los habitantes de regiones distantes. La existencia

⁷ Resulta difícil establecer periodos claramente definidos en la historia económica, demográfica y social de la sociedad agraria de América Latina en general, o incluso de ciertos países latinoamericanos en específico. Sin embargo, las investigaciones de los últimos años han tendido a subrayar la importancia de los acontecimientos del siglo XIX en la difusión de los presuntos patrones coloniales de uso de mano de obra en un gran número de regiones. Asimismo, por lo menos a nivel local, las condiciones de trabajo en el campo han conservado hasta hace poco características del siglo XIX, incluso en países donde la sociedad en conjunto es moderna e industrializada. Un caso extremo es el de Argentina, estudiado por Rutledge (1975).

de un campesinado local explotado por una clase de terratenientes bajo cualquier sistema de servidumbre está correlacionado con patrones coercitivos de contratación de mano de obra en regiones alejadas. Los trabajadores migrantes (los migrantes estacionales, por ejemplo) pueden estar separados de los trabajadores residentes; sin embargo, la combinación de dos sistemas opuestos de utilización de la mano de obra (uno de ellos basado en el trabajo asalariado totalmente libre, y el otro en la coerción) constituye una excepción histórica que sólo puede encontrarse donde las diferencias étnicas entre los trabajadores de los dos sistemas son muy marcadas.

Bajo condiciones de escasez de mano de obra, la comercialización de la agricultura trajo consigo restricciones en la movilidad de los trabajadores y —cuando existían antecedentes de esclavitud o de servidumbre del campesinado— un volumen creciente de migración forzada. Los trabajadores libres, si acaso estuvieran disponibles, no migrarían para trabajar en dichas zonas; los campesinos lo harían únicamente si no tuvieran otra opción, ya fuera debido a la coerción o a la necesidad de dinero en efectivo. El proceso de proletarianización del campesinado se llevó a cabo ocasionalmente en zonas densamente pobladas a través de la introducción de tecnologías economizadoras de trabajo. Dicho proceso originó la creación de una clase de trabajadores agrícolas sin tierra que migraría en busca de oportunidades de empleo. Generalmente se creaba un campesinado dependiente: una clase de trabajadores rurales residentes que dependía de una clase de terratenientes y que había sido formada por un campesinado previamente independiente y de gran movilidad.⁸

Los patrones de migración interna y de utilización de mano de obra se fueron haciendo más complejos debido a la intervención de dos factores que no han sido mencionados hasta este momento. En primer lugar, la demanda de mano de obra no era homogénea; se requerían trabajadores con diferentes niveles de preparación, incluso en las actividades agrícolas no mecanizadas. Debemos distinguir entre labores de rutina que exigen un gran esfuerzo físico y se llevan a cabo bajo una estricta disciplina (el caso típico de las plantaciones) y labores más independientes que exigen menos esfuerzo y son desempeñadas por trabajadores independientes y responsables bajo una supervisión poco estricta. Evidentemente, los sistemas coercitivos de migración tendían a ser utilizados para reclutar grandes cantidades de trabajadores que eran necesarios en las plantaciones. En segundo lugar, la oferta de mano de obra tampoco era homogénea; la cuestión étnica desempeñaba un papel crucial en este respecto. El sistema colonial de explotación de la mano de obra se basaba en las diferencias étnicas que existían entre la población indígena y los terratenientes. Durante el siglo XIX, la violencia se empleaba con más frecuencia con indígenas y grupos étnicos reclutados en otros lugares (esclavos

⁸ La mejor selección de estudios sobre la mano de obra rural en América Latina es la de Duncan y Rutledge (1977).

negros de África y trabajadores traídos de Asia) que con el resto de los trabajadores.

Ejemplos de migración rural a fines del siglo XIX y principios del XX. México constituye un punto de partida adecuado para mostrar cómo, dentro de un sólo país y en una sola época, la expansión económica originó diversos patrones de movilidad de la mano de obra.⁹ México era el país más densamente poblado entre las naciones grandes del continente y experimentaba un periodo prolongado de tasas de crecimiento demográfico relativamente altas. Sin embargo, todavía no alcanzaba los niveles de densidad demográfica de la época precolombina. La apertura de mercados internos y externos fue la característica principal del periodo de rápido crecimiento económico y de integración que el país experimentó durante el régimen de Porfirio Díaz (1875-1910).

La densidad de población del sur de la república era menor que el promedio nacional; esto provocó que se emplearan diversas técnicas coercitivas para contratar y más tarde inmovilizar a la mano de obra en la producción agrícola comercial de un número creciente de plantaciones tropicales productoras de henequén, café, tabaco y otros productos. Las haciendas que tradicionalmente se habían dedicado al cultivo del maíz y a la cría de ganado se convertían en productoras para la exportación, lo que implicaba un uso más intensivo de las tierras disponibles. Las parcelas de subsistencia de los trabajadores fueron reducidas de tamaño y los trabajadores tuvieron que pagar mayores deudas de trabajo a la hacienda. Las condiciones de la prestación de servicios y del peonaje adquirieron un carácter cada vez más explotador. Las deudas que tenían los trabajadores residentes constituían el precio estimado de los trabajadores que antiguamente eran vendidos junto con la propiedad. Por este motivo, la emigración estaba severamente limitada. Con estos incentivos resultaba muy difícil atraer una mayor cantidad de mano de obra. De hecho, los trabajadores residentes de las haciendas —a pesar de que su nivel de vida era cada vez más bajo y de tener mayores restricciones para su movilidad— probablemente vivían en mejores condiciones que los trabajadores migrantes. El grupo de migrantes permanentes incluía individuos que habían sido deportados (como los indígenas rebeldes del norte), disidentes políticos y criminales. Había también trabajadores bajo contrato supuestamente libres, pero que habían sido reclutados a través del sistema de enganche —una especie de servicio de contratación local— y que recibían un trato muy similar al de los migrantes forzados. La utiliza-

⁹ Los principales elementos para el estudio de la movilidad de la mano de obra durante el siglo XIX en México provienen de estudios sobre las haciendas y las condiciones de trabajo que ahí imperaban. Estos estudios han sido revisados por Katz (1974). Entre el gran número de estudios históricos concretos, véanse principalmente los de Bazan (1975). Para las comparaciones con las condiciones de trabajo y la movilidad de otros países latinoamericanos, véase Bauer (1979).

ción de trabajadores libres se limitaba al reclutamiento en las aldeas vecinas de trabajadores estacionales quienes aún conservaban cierta independencia. A estos trabajadores, necesarios únicamente durante las temporadas pico, se les pagaba en efectivo y se estimulaba su venida creando la necesidad de dinero en efectivo y haciendo que el crédito estuviera disponible.

Por este motivo, para incrementar la disponibilidad de mano de obra a través de la migración se emplearon diversos mecanismos coercitivos que iban desde la esclavitud permanente de grupos enteros hasta la utilización de trucos para provocar que los indígenas acumularan deudas y se vieran obligados a trabajar por temporadas para poder pagarlas.¹⁰

En el norte de México, la expansión paralela de la producción comercial en la agricultura y en la minería originó que los incentivos salariales se utilizaran para la contratación de mano de obra. Durante largo tiempo las haciendas habían dependido de las deudas de los peones para asegurar la limitada disponibilidad de mano de obra en las vastas y poco pobladas tierras áridas.¹¹ Los latifundios en gran escala y las instituciones coercitivas que regulaban la tierra y el trabajo fueron una clara respuesta a la absoluta escasez de población. No obstante, a fines del siglo XIX se empezaron a utilizar los incentivos salariales para atraer a trabajadores libres de la región central de México. Katz afirma que la existencia de otras oportunidades para los trabajadores libres (principalmente en el nuevo sector minero) y la influencia de la frontera con Estados Unidos (donde los trabajadores podían obtener mejores salarios y liberarse de las deudas) fueron los factores clave que diferenciaron la agricultura del norte (Katz, 1974). También puede añadirse que existían muy pocos pueblos indígenas en el norte y que, a diferencia de las marcadas diferencias culturales que prevalecían en el sur, en esta región predominaba una homogeneidad étnica. Asimismo, las plantaciones tropicales del sur requerían una gran cantidad de mano de obra disciplinada para que trabajara bajo condiciones insalubres, mientras que en el norte, la agricultura comercial de algodón y trigo y la cría de ganado se basaban en una fuerza de trabajo más calificada que trabajaba en un sistema de producción con trabajo menos intensivo.

Para el último cuarto del siglo XIX, la región central de México constituía la zona más densamente poblada del país, llegando a alcanzar los altos niveles demográficos de la época prelocombina. En dicha zona, la comercialización de la agricultura era limitada y tuvo consecuencias diferentes que en el resto del país. Con la excepción del cultivo de la caña

¹⁰ Por diversos motivos, los intentos por traer trabajadores del sur y de la costa fracasaron. La mano de obra europea no era apropiada para el trabajo en las plantaciones; los orientales que venían a trabajar a América Latina experimentaban altas tasas de mortalidad. (Dahl, 1960).

¹¹ La situación en el norte era contradictoria pues fue en esta región donde inicialmente se formaron grandes propiedades en México, como respuesta a la absoluta escasez de mano de obra (Chevalier, 1970).

de azúcar y de la producción comercial de maíz y frijol como respuesta a la creciente urbanización, no existían incentivos para un uso más intensivo de la mano de obra disponible. Una mayor comercialización implicaba a menudo la expropiación de las propiedades comunales campesinas. Los campesinos a quienes les habían expropiado sus tierras y que habían sido expulsados debido a la consolidación de la tierra podían migrar a las ciudades o a las zonas agrícolas del norte como trabajadores libres. En algunas ocasiones iban al sur como trabajadores contratados o como trabajadores forzados.

A falta de mejores cálculos, los cambios netos en la distribución regional de población a principios del siglo xx en México pueden ser utilizados como una representación de la migración interregional neta. Los datos que presentamos en el Cuadro I muestran que, entre 1900 y 1910, tres de las ocho regiones de México obtenían la mayor cantidad de población: el norte, el sur y el Valle Central de México. El norte, que limita con Estados Unidos, poseía la densidad de población más baja. Su ingreso per cápita era el más alto de las ocho regiones, como consecuencia de la relativa capitalización de los sectores ganadero, agrícola (especialmente algodón y trigo) y minero, y de una incipiente urbanización e industrialización. Estos sectores se encontraban en expansión y no existía una fuente local de mano de obra que se dedicara a la agricultura de

CUADRO 1

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN POR REGIONES Y CARACTERÍSTICAS ECONÓMICAS REGIONALES DE MÉXICO, 1900-1910

<i>Región</i>	<i>Distribución de la Población, 1900 (%)</i>	<i>Cambio neto de Población 1900-1910 (%)</i>	<i>Superficie</i>	<i>PBI per cápita 1900 (pesos)</i>
Norte	9.7	40.3	29.6	1,081
Noreste	5.3	4.2	21.0	941
Golfo	8.8	12.9	7.8	665
Centro-Norte	8.4	-12.6	7.3	581
Centro-Oeste	23.6	-63.4	8.9	421
Centro	16.1	-24.0	3.9	542
Valle de México ..	10.9	18.7	1.2	887
Sur y Sureste	17.2	23.9	20.3	395

FUENTE: Unikel, 1976, Cuadros II-1, II-2, II-14 y VI-1.

subsistencia. El sur era una de las regiones más pobres y a pesar de que su densidad de población se encontraba cerca del promedio nacional, la distribución interna era muy desigual. Las zonas productoras de bienes para exportación tales como cacao, tabaco, café y henequén tenían una población menor que las regiones altas donde los productos de subsistencia eran cultivados por un gran número de campesinos indígenas. En los cuatro estados del sur, por lo menos una tercera parte (y en un caso el 68%) de la población total hablaba únicamente una lengua indígena. El crecimiento de la agricultura en las plantaciones trajo consigo una mayor presión sobre los grupos indígenas locales para que éstos proporcionaran trabajadores y se llevó a cabo un aumento en la migración temporal y permanente dentro de esta región. No obstante, este aumento no fue suficiente para proporcionar toda la mano de obra que se necesitaba. La migración interregional era también importante como lo muestra el aumento de población relativa experimentado por toda la región. El Valle Central, dominado por la ciudad de México creció también de manera considerable. El mercado urbano de trabajo se amplió a medida que las actividades comerciales y de servicios se incrementaron durante el crecimiento centralizado de estos años, junto con la expansión de las labores mensuales y la industria. El Cuadro 1 muestra también que las fuentes principales de oferta de mano de obra interregional, probablemente para las tres regiones de destino, eran las zonas centro y centro-oeste en las que concentraba casi el 40% de la población nacional.¹² Una gran parte de dicha población se dedicaba a los cultivos tradicionales de maíz y frijol. La expansión agrícola limitada que se llevó a cabo en esa época provocó una mayor demanda de tierra que de mano de obra.

El caso chileno muestra ciertos paralelismos a pesar de carecer de una agricultura de plantación y de marcadas diferencias étnicas. La población del Valle Central había crecido de manera rápida y, para la primera mitad del siglo XIX, resultaba demasiado grande para depender de la tierra. Los propietarios habían mostrado poco interés en incrementar el número de trabajadores de planta.¹³ Esto dio como resultado, durante la primera mitad del siglo XIX, un crecimiento de la población rural flotante que carecía de tierras. Estas "personas sin destino fijo" —según la descripción de quienes realizaron los censos— se dedicaban tanto al pillaje y robos menores como al trabajo estacional en las haciendas. Más

¹² Muchas de las rutas migratorias que se desarrollaron durante este periodo se conservan aún en la actualidad. La ciudad de México y la región del norte continúan siendo las principales zonas de destino, y la migración estacional entre ambas regiones y en el interior de cada una de ellas es muy común a partir de las comunidades campesinas de las regiones montañosas hacia las plantaciones de las tierras bajas. Esta continuidad se explica en parte por el desarrollo, durante el periodo inicial, de desequilibrios y diferencias estructurales que no han podido ser borrados después de años de revolución política e industrialización. Sobre esto último, véase Appendini *et al.*, 1972.

¹³ El estudio clásico de la sociedad agraria del siglo XIX es el de Bauer (1976).

tarde se abrieron nuevos mercados para el trigo chileno y los terratenientes vieron en estos trabajadores sin tierra la mano de obra necesaria para el aumento de producción. Pero la reacción a los incentivos salariales fue limitada y no fue fácil formar una fuerza de trabajo disciplinada a partir de trabajadores libres y sin compromiso. Se pusieron en práctica una serie de medidas para restringir la movilidad de los trabajadores e incrementar su necesidad de dinero en efectivo, de manera que se vieran obligados a trabajar como asalariados en las haciendas. Sin embargo, en un principio estas medidas tuvieron poco éxito.¹⁴ Había un excedente de población y al mismo tiempo una escasez de mano de obra (por lo menos de trabajadores estacionales que laboraran por los salarios que se ofrecían) que no podía solucionarse con ligeros aumentos salariales o expropiaciones totales. Como lo plantea Bauer, la respuesta de los hacendados del Valle Central consistió en reforzar el arcaico sistema de trabajo rural que se basaba en la institución del inquilinaje (Bauer, 1976). Los inquilinos eran trabajadores residentes en la hacienda, arrendatarios que habían recibido la tierra a cambio de trabajo y que tenían por lo general compromisos económicos y sociales a largo plazo con los hacendados. Debido a los efectos del creciente mercado, se modificó el arrendamiento a cambio de servicios, elevando el nivel de obligaciones de los antiguos inquilinos e incorporando nuevos arrendatarios con menores dotaciones de tierra. También se dependía de los trabajadores estacionales de las aldeas pobres de la costa localizadas cerca de las haciendas. Tanto los inquilinos como los trabajadores estacionales tenían la libertad de migrar, aunque no podían vivir en los lugares de destino a menos que tuvieran una residencia permanente. Los hacendados debían competir también con otros sectores económicos que ofrecían mejores salarios para atraer a los migrantes. La población de los Valles Centrales se dirigía a las ciudades y a las minas del norte; sin embargo, la alta tasa de crecimiento demográfico garantizaba una oferta continua de mano de obra barata. Esta situación hizo que la estructura arcaica de la agricultura chilena persistiera hasta el siglo xx.

Los ejemplos de México y Chile muestran de modo diferente la manera en que el campesinado pasó a trabajar en la agricultura comercial bajo circunstancias variables. Estas condiciones provocaron la migración forzada (en el sur de México); el reacomodo de una población nómada flotante (en los Valles Centrales de Chile); la emigración a causa de la expropiación de la tierra (en la región central de México); y la migración libre como respuesta a la atracción de los mercados de trabajo de las grandes ciudades, de la minería y de la agricultura comercial, los cuales ofrecían altos salarios (en la ciudad de México y Santiago, y en el norte de México y de Chile). Resultará útil comparar estos ejemplos con algunos casos en donde el crecimiento de nuevos sectores fue restringido, lo

¹⁴ Las políticas sobre la tierra en la zona fronteriza del sur fueron estimuladas por los terratenientes de la región central de Chile, quienes temían a la competencia que originaría un programa de colonización (Solberg, 1969).

que dio como resultado estrategias alternativas para incrementar la migración y la disponibilidad de mano de obra.

El desarrollo de haciendas costeras en Perú entre 1850 y 1875 constituye un caso extremo (Klarén, 1973; Scott, 1976; Guillet, 1976). Tradicionalmente, los propietarios de haciendas azucareras habían resuelto el problema de un abastecimiento adecuado de mano de obra a través del empleo de esclavos africanos; después de la abolición de la esclavitud iniciaron la importación de peones chinos. En el Caribe también fue muy común esta sustitución, tanto en las plantaciones azucareras como en otros sectores económicos de trabajo intensivo. En esta región, casi inmediatamente después de que se dio fin al comercio de esclavos, surgió el comercio con trabajadores que provenían del Oriente y se expulsó a los antiguos esclavos (Meagher, 1975; Adamson, 1972).

Sin embargo, lo que resulta excepcional del caso peruano es que en esa época las sierras se habían recuperado del descenso demográfico y mostraban ya señales de una creciente presión sobre la tierra, para poder mantener a la población que iba en aumento. A pesar de ello, los propietarios de las haciendas azucareras así como los encargados de la industria del guano y de la construcción de ferrocarriles recurrían a la importación de peones chinos. En dicha época los indígenas de la tierra no eran asequibles; por lo general esto se explica al afirmar que las haciendas de la región montañosa retenían a los trabajadores y limitaban su movilidad. En realidad, es posible que se haya llevado a cabo una lucha por la mano de obra entre los hacendados de las tierras altas y los de la costa; no obstante, investigaciones recientes sugieren que las comunidades indígenas de la sierra tenían más poder de lo que generalmente se supone (Martínez-Alier, 1977). Así los hacendados de las tierras altas no podían —aunque lo desearan— lograr que la mano de obra bajo su control estuviera disponible, mientras que para los de la costa resultaba imposible contratar trabajadores mientras no obtuvieran el control político sobre las tierras altas. El proceso de expropiación del campesinado se llevó a cabo muy lentamente. Mientras tanto, la importación de trabajadores extranjeros solucionó el problema de escasez de mano de obra en la costa, hasta que la presión internacional originada por el maltrato a los inmigrantes logró que se suspendiera la importación. Cuando este comercio se interrumpió, el número de indígenas que migraban de las tierras a la costa empezó a elevarse a través del empleo cada vez más extendido del sistema de enganche. Este sistema se utilizaba principalmente para organizar la migración estacional más que la de carácter permanente.

Otro caso de mano de obra existente, no disponible para un sector económico nuevo y en crecimiento dentro de una región escasamente poblada, se llevó a cabo en São Paulo, Brasil. A partir de la década de 1850, el cultivo del café se había desarrollado velozmente, incorporando nuevas tierras. Los bajos costos permitieron el empleo de técnicas de cultivo que dieron como resultado un rápido deterioro de la calidad de la tierra. Esto ocasionó que los cultivadores de café se adentraran cada

vez más en las regiones despobladas del interior. En este país de escasa población, la economía del café —al igual que otras empresas de exportación— se basaba en el empleo de esclavos africanos. El comercio de esclavos se suspendió en 1850, pero la abolición de la esclavitud no se llevó a cabo hasta 1888. Era bien sabido que la población de esclavos tenía tasas negativas de crecimiento natural; los escapes, la liberación de algunos esclavos y los primeros pasos hacia la abolición de la esclavitud pusieron todavía más en peligro la oferta local de esclavos después de que su comercio había sido suspendido.¹⁵ El cultivo del café era lo suficientemente rentable para estimular a los cultivadores a comprar, a pesar de su elevado costo, esclavos de otras regiones donde el cultivo de la caña de azúcar y la minería habían declinado. Incluso antes de la abolición de la esclavitud, se buscaron fuentes alternativas de mano de obra pues se comprendía que la esclavitud estaba en peligro.

¿Cuáles eran dichas alternativas?¹⁶ La población rural compuesta por brasileños libres —cuyos antepasados eran una mezcla de negros, indígenas y blancos— que vivía dentro de la región cafetalera era muy reducida. La persistencia de la esclavitud hizo que tanto los dueños de plantaciones como los trabajadores estuvieran renuentes a aceptar hombres libres como jornaleros en las plantaciones de café. Los propietarios pensaban que los trabajadores nacionales eran indisciplinados y poco confiables, mientras que los trabajadores consideraban que las tareas en las plantaciones eran para los esclavos. Debido a la existencia de tierras libres, los trabajadores tenían medios de supervivencia alternativos. Algunos experimentos que utilizaron esta oferta de mano de obra potencial fracasaron; de cualquier modo, la oferta no hubiera sido lo suficientemente grande para que a la larga llegara a sustituir a los esclavos en el cada vez más extendido cultivo del café. Un poco más lejos, en la región densamente poblada del noroeste, habitaba un número mucho más alto de trabajadores nacionales. En el noreste, paralelamente a la agricultura comercial en gran escala existían la pequeña agricultura y la cría de ganado; esto hizo posible que, cuando los esclavos se volvieron más costosos, los terratenientes pudieran reemplazarlos con trabajadores libres.

La densidad de dicha sustitución fue más patente a medida que se elevaba el costo de los esclavos y se empezaba a exportar otros productos. De este modo, a pesar de su mayor densidad de población, la pobre región noreste de Brasil no tenía en la década de 1880 una abundancia real de mano de obra. Durante los años de sequía, se movilizaron oleadas importantes de emigrantes como respuesta al desastre natural (Cunniff, 1970). Además, un nuevo auge de exportaciones en el norte —la explo-

¹⁵ El problema brasileño de disponibilidad de mano de obra y la transición de esclavitud a otras formas de utilización de la mano de obra es una cuestión clásica y ha recibido gran atención en años recientes. Véanse, entre otros, Costa (1966), Dean (1977), Holloway (1974) y Spidel (1978).

¹⁶ Para un análisis más detallado, véase Balán (1978).

tación del caucho en la región casi deshabitada del Amazonas— hizo que esta oferta de mano de obra potencial fuera menos asequible para los dueños de plantaciones de café en el sur.

Algunos años antes de la abolición de la esclavitud, se llevó a cabo, en el sur de Brasil, una inmigración masiva de italianos. Los dueños de plantaciones de café de São Paulo, a través del gobierno provincial, estimularon el flujo y el establecimiento en el campo de un gran número de inmigrantes europeos (Hall, 1969; Graham, 1973). Esto lo lograron, después del fracaso de anteriores experimentos, subsidiando la transportation y divulgando en Italia tanto las condiciones de trabajo como los salarios que prevalecían en Brasil. En esa época, la crisis económica italiana había producido un gran excedente de mano de obra el cual ya había encontrado su camino del otro lado del Atlántico, en la zona templada de Argentina. La mayor parte de estos inmigrantes había encontrado trabajo en la economía del café. El sistema agrícola permitía a las familias inmigrantes cultivar productos para su consumo propio. La combinación de estos cultivos con la producción cafetalera de las plantaciones actuó como amortiguador en las fluctuaciones de precios y redujo los costos de trabajo. Este sistema no parece haber limitado de manera importante la movilidad de los trabajadores, pero sí retuvo a una parte de la población en las zonas rurales y compensó los probables efectos de expulsión originados por la concentración de la tierra.

La llegada de los trabajadores italianos provocó que antiguos esclavos fueran desalojados de las plantaciones, ya que después de la abolición de la esclavitud en 1888 tuvo lugar una frenética sustitución de los antiguos esclavos. Éstos tuvieron que migrar a la periferia de las ciudades o incorporarse a comunidades campesinas libres que habían atraído anteriormente a esclavos prófugos y libertos.¹⁷ La inmigración también retrasó algunas décadas la incorporación de trabajadores libres locales a la agricultura comercial y la migración hacia el sureste de trabajadores libres proveniente del noroeste. No podría afirmarse que el campesinado de esta última región constituyera una población tradicional y, por lo tanto, relativamente inmóvil; dentro de esta región se registraba una cantidad considerable de migración tanto en épocas normales como críticas. Esta migración era una respuesta a las oportunidades de trabajo estacionales y a la disponibilidad de tierras en el interior del país. Los habitantes del noroeste migraron también cuando las grandes sequías diezmaban el ganado e impedían el cultivo de productos de subsistencia. Asimismo, varios miles migraban como trabajadores contratados para recolectar caucho en la región del Amazonas o para cultivar cacao en el sur de Bahía. Es posible que hayan sido tradicionales, pero no inmóviles.

Las estimaciones de la migración interna neta muestran claramente el limitado papel que ésta desempeñó, entre 1890 y 1920, en el cambio de

¹⁷ El problema de los antiguos esclavos que fue planteado por Florestán Fernandes en su trabajo de 1965 no ha recibido gran atención a partir de entonces.

patrón de la distribución regional de población en Brasil. Aunque los estados del noreste experimentaron un descenso proporcional con respecto a las regiones del sur y del sureste, esto fue en gran medida una consecuencia del impacto de la inmigración extranjera masiva en el sur. En el caso de São Paulo, centro de la expansión económica de dicha época, los datos de los censos referentes a la migración interna y extranjera neta que son asequibles en la actualidad presentan números absolutos como se muestra en el Cuadro 2. Los datos indican que mientras el estado de São Paulo recibía un flujo sin precedentes de inmigrantes extranjeros (en 1900, la población del estado rebasaba ligeramente los dos millones de habitantes), eran pocos los brasileños de otros estados que llegaban ahí. De hecho, un gran número de ellos provenía del vecino estado de Minas Gerais, pero —como muchos otros brasileños— abandonaron São Paulo debido a la apertura de nuevas tierras fronterizas en el sur. Fue hasta los años veinte cuando la migración interna comenzó a reemplazar a la inmigración extranjera como principal fuente de migrantes.¹⁸ Entre 1890 y 1920, los estados del norte se beneficiaron a través de la migración interna del noroeste; sin embargo, este flujo representaba sólo una pequeña parte de la población total del noroeste: durante esas décadas se perdió un poco más del uno por ciento a través de la migración neta (Graham y Buarque de Hollanda Filho, 1971:35).

CUADRO 2
ESTIMACIONES DE LA MIGRACIÓN NETA INTERNA Y EXTRANJERA
EN EL ESTADO DE SÃO PAULO

(Números absolutos)

<i>Periodo</i>	<i>Interna</i>	<i>Extranjera</i>
1890-1900	70.292	412.297
1900-1920	—19.933	374.250
1920-1940	355.588	341.688

FUENTE: Graham y Buarque de Hollanda Filho, 1971, reproducido en Merrick y Graham (1979:125).

El hecho de que los campesinos del noreste no hayan migrado para laborar en los cultivos de café del sureste fue, en realidad, una consecuencia de la inmigración de italianos a dicha zona. No obstante, explicar

¹⁸ En realidad, la sustitución de migrantes extranjeros por migrantes internos se ha llevado a cabo a partir de la década de los treinta, como lo muestra José Francisco de Camargo; véase la gráfica que se reproduce en Sánchez-Albornoz (1977, p. 170).

esto último resulta sumamente problemático. En efecto, las preferencias de los terratenientes paulistas y de los campesinos del noreste constituían un factor importante, aunque también influía la estructura de las relaciones sociales que en la zona del noreste estaba bajo el dominio de una élite local de poder. Esta élite estaba formada por terratenientes quienes podían oponerse de manera eficaz a la contratación de mano de obra y orientar la movilidad de los trabajadores dentro de la región. La preferencia de los dueños de plantaciones por una mano de obra homogénea, la imposibilidad práctica de organizar una migración a gran escala desde el noreste, y la relativa facilidad de hacerlo desde Italia durante los años críticos (1885-1895) se combinaron para hacer que los paulistas estuvieran renuentes a resolver —ni siquiera de manera parcial— el problema de escasez de mano de obra por medio de la contratación de migrantes del noreste. Sin lugar a dudas, la oposición de grupos poderosos a la emigración era mayor en el noroeste de Brasil que en Italia, y el proceso de proletarianización era más acelerado entre los italianos.

Con ciertas modificaciones, este razonamiento puede extenderse al caso de Argentina. Durante las últimas décadas del siglo XIX, Argentina experimentó una expansión del cultivo de cereales en una región con absoluta escasez de mano de obra. Además de la muy baja densidad de población en la región de las pampas, todo el país estaba escasamente poblado, por lo que la creciente demanda de mano de obra sólo podía satisfacerse por medio de la inmigración. Un grupo de inmigrantes de Europa Occidental ya se había establecido en el país, pero no fue hasta la década de 1870 cuando la inmigración adquirió un carácter masivo y los inmigrantes poblaron las zonas rurales. Inmigrantes de Italia, España y otros países fueron atraídos por salarios muy altos en las localidades urbanas y rurales. El arrendamiento al contado y la aparcería fueron muy comunes en las regiones donde se cultivaban cereales. Estos convenios no implicaban un sistema dual de producción campesina y comercializada: toda la producción tenía una orientación mercantil. Los agricultores con tierras propias o rentadas, así como los comuneros y los trabajadores asalariados, constituían una fuerza de trabajo de gran movilidad geográfica y social. Podía considerarse que el mercado de trabajo de la región de las pampas incluía los centros urbanos de Italia y España. El descenso de los salarios reales (y de las ganancias de los agricultores) como el que se registró en Argentina en la década de 1890, se reflejaba de inmediato en un decrecimiento de la inmigración y en una considerable migración de retorno a Europa o a Brasil (Scobie, 1964; Recchini de Lattes y Lattes, 1969). En el pasado, esta fuerza de trabajo había migrado también respondiendo a los cambios en las oportunidades económicas de las diferentes regiones y ciudades de Argentina.

La distribución de inmigrantes en el territorio argentino era muy desigual. En los censos de 1869, 1895 y 1914, el porcentaje del total de la población que había nacido en el extranjero se elevó de 12.1 a 25.5 y a 29.9 por ciento, respectivamente. Pero los extranjeros se concentraban

en la región de las pampas y en localidades urbanas. Como puede verse en el Cuadro 3, las principales provincias de las pampas, Buenos Aires (incluyendo a la ciudad) y Santa Fe, experimentaron tasas de crecimiento sin precedentes a causa de la inmigración. Virtualmente, la migración neta de nativos no tuvo ningún efecto en el crecimiento total. Durante los periodos 1869-1895 y 1895-1914, el número de migrantes nacidos en Argentina que habían llegado a Buenos Aires compensaba el de aquellos que habían abandonado dicha ciudad; por su parte, Santa Fe tuvo durante el primer periodo una tasa moderadamente positiva de inmigración de nativos y durante el segundo, un equilibrio entre inmigración y emigración. Los inmigrantes también se establecieron en nuevas zonas fuera de las pampas y en las antiguas provincias del interior, como Tucumán, en el noroeste. En realidad, en dicha época Tucumán atraía —debido al crecimiento de la industria azucarera— tanto a migrantes internos como a inmigrantes extranjeros. Mientras que los migrantes internos que venían de provincias vecinas en mala situación económica como Catamarca suministraban gran parte de la mano de obra necesaria en el cultivo de la caña de azúcar, casi todos los migrantes se establecieron en la ciudad de Tucumán (Balán, 1976; Rutledge, 1975). Las tasas negativas mostradas por la población nativa de Catamarca se debían en gran parte a la pérdida de población en favor de Tucumán. Muy pocos inmigrantes extranjeros se establecieron en Catamarca.

Quizás la característica más notable de los datos que se presentan en el Cuadro 3 sea el reducido número de habitantes que Buenos Aires y Santa Fe obtuvieron a través de la migración interna en esa época. Es evidente que los salarios y las oportunidades de superación eran mayores que en otras provincias, a pesar de que algunas de estas últimas experimentaron un crecimiento económico considerable durante dicho periodo. ¿Por qué migraron tan pocos trabajadores de provincias como Catamarca o Tucumán hacia Buenos Aires o Santa Fe? Durante los periodos 1869-1895 y 1895-1914, los flujos neto y total de población nativa entre las provincias del noroeste y de las pampas eran insignificantes. Los costos de transportación pueden descartarse como una explicación, por lo menos en la medida en que los migrantes podían disponer del transporte ferroviario durante las décadas de 1870 y 1880. El flujo de bienes y de capital no tenía ninguna restricción, en especial después de que se logró obtener la consolidación política y la paz interna en 1880 (Díaz-Alejandro, 1970). La preferencia por trabajadores extranjeros era muy marcada tanto en las tareas rurales como en las urbanas; los terratenientes preferían que los arrendatarios, los comuneros, e incluso los peones fueran italianos o españoles y no nativos (Scobie, 1964). Sin embargo, resulta difícil creer que todas las oportunidades de empleo eran aprovechadas por inmigrantes extranjeros. El sueldo diario de los trabajadores rurales en Buenos Aires era, aproximadamente, el doble del de aquellos que laboraban en Tucumán, quienes a su vez recibían un salario mayor que los que trabajaban en Catamarca (Balán, 1976).

CUADRO 3

INCREMENTO TOTAL, INCREMENTO NATURAL, MIGRACIÓN NETA DE
EXTRANJEROS Y MIGRACIÓN NETA DE NATIVOS EN ARGENTINA
POR PERIODOS INTERCENSALES

(Tasas anuales por población media de 1,00 habitantes, provincias escogidas, 1869-1895
y 1895-1914)

Provincia	1869-1895				1895-1914			
	Incre- mento total	Incre- mento natural	Mi- gración extranjera	Mi- gración nativa	Incre- mento total	Incre- mento natural	Mi- gración extranjera	Mi- gración nativa
Buenos Aires	41	12	29	0	41	15	26	0
Santa Fe	49	6	36	7	41	20	21	0
Tucumán	26	12	4	10	22	14	6	2
Catamarca	5	15	1	-11	6	16	1	-12
Total del país	30	13	17	0	35	16	19	0

FUENTE: Lattes, 1975:134.

La mayor parte de los inmigrantes europeos llegaron a Argentina con el propósito de establecerse de manera permanente, aunque muchos de ellos regresaron a Europa después de un tiempo. Asimismo, durante las épocas de cosecha en las pampas, un gran número de inmigrantes cruzaba el Atlántico periódicamente para trabajar como peones a cambio de buenos salarios. En la década de 1890, arribaban cada año alrededor de 50,000 trabajadores europeos y durante la década de 1900, el doble de esta cifra, antes de que se iniciara la mecanización masiva (Scobie, 1964). Durante esta última década los peones nativos se convirtieron en trabajadores estacionales en la región de cultivos de cereales para suplir a los inmigrantes estacionales extranjeros (después de importantes estímulos del gobierno nacional, que distribuyó carteles especiales y garantizó la reducción de las tarifas ferroviarias para quienes trabajaran en las cosechas). Dentro de la misma región del noroeste, la migración era un rasgo típico del cultivo de la caña de azúcar (Rutledge, 1975; Balán, 1976). Por lo general, esta migración implicaba cierto grado de organización y coerción. En Tucumán, por ejemplo, los terratenientes recurrieron al empleo de intermediarios y de anticipos en efectivo para contratar trabajadores de Catamarca; se utilizaban métodos más severos para atraer trabajadores indígenas del Chaco. Se promulgaron códigos laborales para que la vagancia fuera castigada con prisión (y regreso al trabajo) y para que los trabajadores pudieran pagar sus deudas con trabajo. Estos códigos fueron utilizados de manera efectiva por los propietarios, en coordinación con la

policía provincial, para retener a la mano de obra durante los meses de cosecha (Guy, 1978). Los trabajadores estacionales —atraídos por los altos salarios, presionados por las autoridades locales o tentados por los anticipos en efectivo— no tenían la libertad de partir. Por lo menos hasta fines del siglo pasado, los salarios altos no eran suficientes en sí mismos para garantizar una oferta de mano de obra suficiente durante la época de zafra en Tucumán; por ello, no resultaba sorprendente que los salarios altos no fueran una garantía en las pampas, 1,000 kilómetros más lejos.

De esta manera, hasta los años veinte, los patrones de migración de la población nativa de Argentina eran muy diferentes de los de quienes habían nacido en el extranjero. Para los nativos, por lo menos en muchas zonas del país, la comercialización de la economía como consecuencia del ingreso de Argentina a los mercados mundiales implicaba tanto restricciones a su movilidad geográfica como un cierto grado de movilidad forzada. Por otro lado, los inmigrantes encontraban que las condiciones institucionales promovían la libre movilidad de la mano de obra para entrar y salir del territorio nacional así como en el interior mismo del país. Aunque muchos inmigrantes eran campesinos cuyas tierras habían sido expropiadas, la incorporación masiva de Argentina a la economía mundial evitaba que se convirtieran en campesinos en el nuevo país. En calidad de agricultores, y no de campesinos, sus lazos con la tierra y con los terratenientes eran mucho más débiles. Los inmigrantes extranjeros se trasladaban con facilidad, atraídos por los cambios en las condiciones de los mercados de trabajo rural y urbano. Una gran parte de la población nativa experimentó cierta pérdida de libertad de movimiento y no era fácilmente atraída por las fuerzas de mercado. En consecuencia, en ciertas épocas estos dos grupos se movían en direcciones diferentes.

¿Cuál era el alcance y la forma de la migración rural urbana mientras se llevaba a cabo la acelerada comercialización de la producción agrícola, bajo condiciones de escasez de mano de obra? ¿Difería en algo de la migración entre zonas rurales? ¿Cuáles eran los lazos, si acaso los había, entre estos tipos de movilidad? Para poder responder a estas interrogantes revisaremos la limitada información disponible sobre el tema de migración a las ciudades.

En primer lugar, debemos reconocer las enormes diferencias entre el grado de urbanización de los diferentes países de la región. El Cuadro 4 muestra los porcentajes de la población que vivía, para 1900, en ciudades de más de 10,000 y de más de 100,000 habitantes en diecisiete países de América Latina. Muchas de estas naciones ya mostraban altos niveles de urbanización según los criterios internacionales. Tendían a ser países con un sector campesino reducido, como por ejemplo Argentina, Uruguay y Cuba (Morse, 1971). También eran países donde el proceso de urbanización era muy acelerado, debido en gran parte a la inmigración extranjera. A pesar de ello, con una base urbana de menos del 30% de la población total, una migración moderada de las zonas rurales a las

ciudades tendría efectos considerables en la urbanización. Sin embargo, esto no sucedió sino mucho después.

Con muy pocas excepciones, los sistemas nacionales de ciudades eran aún muy débiles. Las ciudades importantes tenían un *hinterland* más bien regional que nacional, y la migración a las ciudades tendía a llevarse a cabo dentro de un contexto regional (Roberts, 1978). De esta manera, el alcance y la forma de la migración a las ciudades dependía del tipo de población rural que predominara en el *hinterland* de cada ciudad y de los cambios que experimentarían dichas poblaciones. El desarrollo de cultivos comerciales en nuevas zonas, tales como São Paulo en Brasil o Santa Fe en Argentina, permitió el crecimiento de algunos centros urbanos importantes así como de un gran número de centros urbanos núcleo-comerciales y de servicios que eran más pequeños y servían a zonas rurales. Estas localidades, al igual que la población rural, crecían con rapidez debido a la inmigración extranjera más que a la migración rural-urbana interna (Lattes, 1978). En dichas zonas la urbanización se realizaba conjuntamente con altas de crecimiento de la población rural.

CUADRO 4

PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN TOTAL QUE VIVE EN CIUDADES DE 100,000 O MÁS Y 10,000 O MÁS HABITANTES EN 1900, EN PAISES ESCOGIDOS DE AMÉRICA LATINA

<i>País</i>	<i>100.000 + (%)</i>	<i>10.000 + (%)</i>	<i>Población total (millones)</i>
Argentina	16.8	27.1	3.955
Bolivia	8.0	1.816
Brasil	5.8	10.9	14.334
Colombia	2.9	9.4	4.144
Costa Rica	28.4	243
Cuba	15.0	30.7	1.573
Chile	14.1	21.8	2.696
Ecuador	12.3	1.272
Guatemala	16.9	1.501
Honduras	8.4	544
México	3.3	12.7	13.607
Paraguay	16.5	330
Perú	3.9	7.4	2.622
Puerto Rico	7.9	953
El Salvador	15.4	703
Uruguay	28.7	30.0	936
Venezuela	22.8	2.222

FUENTE: Sánchez-Albornoz, 1977: 194-95.

Un gran número de ciudades latinoamericanas del siglo XIX y de principios del XX poseían poblaciones "marginales" relativamente amplias, formadas por migrantes que recientemente habían abandonado zonas rurales y pueblos pequeños. Esto no era de ningún modo un fenómeno nuevo. David Brading describió un flujo constante de entradas y salidas a la ciudad de México durante los últimos años del siglo XVIII; este flujo estaba relacionado con la comercialización de productos campesinos en la ciudad (Brading, 1978). Un siglo después este mismo fenómeno persistía pero daba como resultado una mayor migración neta a la ciudad. Un número cada vez mayor de migrantes se establecía de manera permanente en la ciudad de México a causa de los desalojos en las zonas rurales circundantes y al incremento de las oportunidades de empleo. Durante los años de la revolución (1910-1917) la violencia rural constituyó un motivo adicional para trasladarse a la ciudad, pues ésta ofrecía mayor protección (Browning, 1962, Stern, 1977b). La persistencia hasta hace pocos años de un campesinado populoso en el *hinterland* de la ciudad de México explica el patrón continuo de la migración rural-urbana y la subsecuente migración de retorno.

La migración interna hacia la ciudad en las regiones donde la esclavitud había sido abolida recientemente —como la migración a Río de Janeiro en Brasil— incluía un gran número de esclavos libertos que habían sido expulsados de las plantaciones, aunque también muchos de ellos se volvían campesinos. En realidad, en Río de Janeiro los esclavos libertos parecen haber formado una nueva periferia urbana con un gran número de características rurales (Fernandes, 1965). Esto contrastaba con otras regiones de Brasil en donde la abolición de la esclavitud no se acompañó del reemplazo total de esclavos por inmigrantes. Tal fue el caso de Recife, lo que demuestra los estrechos vínculos entre el desarrollo agrícola y la migración a las ciudades. A lo largo del siglo XIX, la población de dicha ciudad creció de manera considerable (Cowell, 1975). El crecimiento natural desempeñó un papel secundario pues la tasa de nacimientos fue menor que la del campo y la importación de esclavos (que ya había sido frenada durante la primera mitad del siglo) fue suspendida en 1850. La migración voluntaria desempeñó un papel mucho más importante. Durante las primeras décadas consistió principalmente en inmigración de Portugal, pero más adelante la migración interna que provenía de regiones vecinas tuvo mayores efectos. Para fines del siglo XIX los migrantes internos representaban más del 40% de la población. Durante ciertas épocas, como en el periodo 1877-1880, la ciudad se llenaba de familias que habían sido desplazadas por graves sequías. Sin embargo, dichas familias tendían a regresar a su lugar de origen atraídas por la acción gubernamental y por nuevas lluvias; asimismo, muchas de ellas eran contratadas para trabajar en las plantaciones de caucho en la región del Amazonas. A partir de 1880 y debido a la modernización y reorganización de la producción azucarera, había existido una migración continua desde la región cañera más cercana. La expulsión de un número considerable de agricultores y trabajadores se llevó a cabo

en esa época, especialmente después de la abolición de la esclavitud. Pero a diferencia de lo sucedido en el sur de Brasil, en el noreste la abolición no dio como resultado una emigración masiva de esclavos libertos. En Recife, los cambios tecnológicos afectaron en gran medida a los trabajadores libres, mientras que los antiguos esclavos eran absorbidos en su mayoría. Los migrantes de la región azucarera mostraban tasas más bajas de migración de retorno que aquellos que migraban del interior en los años de sequía. La industrialización y el desarrollo en los sectores comercial y de servicios crearon oportunidades de empleo.

En resumen, la migración a las ciudades durante el periodo de desarrollo agrícola acelerado tenía todavía un carácter local y mostraba un gran número de desplazamientos demográficos temporales. Estos movimientos temporales eran una consecuencia de los estrechos lazos que existían entre cada ciudad y la economía campesina que la rodeaba, y un reflejo de sistemas mercantiles campesinos. Los desplazamientos temporales eran provocados en ocasiones por catástrofes sociales o naturales, como revoluciones y sequías. La expulsión de campesinos después de la modernización de la agricultura en zonas densamente pobladas dio como resultado una mayor incidencia de la migración permanente a las ciudades. En muchas regiones, el crecimiento del comercio, de los servicios y de las labores manuales fue también un factor importante de la expansión agrícola, al crear empleos y oportunidades comerciales para los migrantes temporales y permanentes de las zonas rurales. El surgimiento de mercados regionales de trabajo fue más rápido en nuevas zonas donde la movilidad rural-urbana reflejaba cambios en las oportunidades económicas.

EL NUEVO CONTEXTO DE LA MIGRACIÓN INTERNA EN AMÉRICA LATINA: INDUSTRIALIZACIÓN Y OTROS FACTORES

Mercados rurales de trabajo en décadas recientes. En esta sección analizaremos los cambios sociales que se han llevado a cabo en América Latina durante las últimas décadas y subrayaremos sus efectos en el problema de la oferta de mano de obra. Algunos procesos han hecho posible una oferta confiable de mano de obra para la producción primaria en las zonas rurales de América Latina. El problema de la creciente capitalización de las actividades agrícolas y la disminución relativa de la demanda de mano de obra se estudiará después junto con cambios importantes en los patrones de utilización de la mano de obra. También se describirán con detalle las consecuencias para la emigración.

El cambio más evidente en la migración interna latinoamericana en este siglo ha sido el acelerado incremento en las tasas de crecimiento na-

tural que se experimentó a lo largo del continente como consecuencia del ascenso en la esperanza de vida. Después de los primeros años de este siglo, ya podía observarse un descenso en las tasas de mortalidad; no obstante, esta disminución se generalizó y adquirió mayor importancia durante la década de los treinta (Arriaga, 1970). El desarrollo económico permitió la creación de una infraestructura de comunicaciones que acabara con el aislamiento de las zonas rurales y facilitara la rápida introducción y aplicación de los avances médicos. El descenso de las tasas de mortalidad fue más acelerado en las grandes ciudades, invirtiendo así la ventaja que tenía el medio rural en lo referente a la esperanza de vida (Davis, 1973). La disminución de las tasas de mortalidad en conjunto constituyó un hecho sin precedentes en la historia demográfica mundial; sin embargo, entre 1930 y 1960, las tasas de fecundidad no se modificaron, lo que provocó un rápido incremento del crecimiento de la población.

El crecimiento demográfico también se vio afectado por tendencias demográficas previas. Las tasas de crecimiento ya eran bastante elevadas y habían ido ascendiendo a partir de mediados del siglo XVIII (Sánchez-Albornoz, 1977: Cap. 6). La redistribución de la población tuvo gran importancia y favoreció a ciertas zonas donde se estableció la nueva producción con orientación mercantil. A menudo, estas zonas eran fronteras demográficas y su crecimiento se derivó de la migración de familias campesinas y de las altas tasas de reproducción asociadas con una estructura joven y con disponibilidad de la tierra. Algunas regiones donde residían un gran número de inmigrantes europeos mostraron un descenso inicial de la fecundidad; sin embargo, a la larga todos los factores coincidieron en favorecer las elevadas tasas de crecimiento de la población. Estos procesos más recientes de cambio demográfico afectaron a la mayor parte de las regiones pues la disminución de las tasas de mortalidad se extendió con rapidez en las zonas más aisladas, mientras que la fecundidad sólo se redujo en algunas ciudades y regiones con población europea (Arriaga y Davis, 1969).

A partir de la década de los treinta, la construcción de carreteras ha ocasionado una revolución en el transporte a todo lo largo de América Latina. Desde entonces, han surgido mercados nacionales y regionales de trabajo, haciendo que trabajadores que no son necesarios en ciertas zonas se encuentren disponibles para laborar en otras regiones, ya sea temporal o permanentemente. Quizás el ejemplo más sorprendente sea Brasil, debido al tamaño del país. En los años cuarenta, la construcción de la carretera principal que unía la región del noreste con la del sureste (la carretera Bahía-Río) hizo posible el flujo masivo de migrantes del noreste al sureste. El desarrollo de las carreteras incrementó en forma espectacular la esfera de movilidad geográfica de Brasil (Graham y Buarque de Hollanda, 1971).

La revolución en el transporte afectó la movilidad de la mano de obra tanto a través de distancias largas como de distancias cortas. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, pequeños núcleos urbanos de comercio

y servicios se han desarrollado junto con la agricultura comercial y algunas formas nuevas de comunicación; no obstante, este tipo de pequeñas localidades aún eran escasas en la mayoría de las zonas rurales, las cuales estaban dominadas por la agricultura campesina o por grandes propiedades territoriales que se basaban en la mano de obra campesina. El crecimiento de la agricultura comercial especializada dio por resultado una rápida urbanización del campo, a causa de una mayor división del trabajo, de un flujo más grande de mercancías y de la demanda de la gente por el nuevo tipo de economía. Sin embargo, a pesar de la tendencia hacia la supremacía urbana que ha existido desde la década de los treinta, los sistemas urbanos provinciales que se han desarrollado en las décadas anteriores no han desaparecido. Su economía era menos dinámica y diversificada que la de las grandes ciudades, pero funcionaban como asentamientos urbanos con una orientación rural. Una de las funciones que conservaron, y que adquirió mayor importancia con la creación de mejores sistemas de transporte, consistía en proporcionar una reserva de mano de obra agrícola.

El crecimiento demográfico, la urbanización y la mayor integración física del campo deben considerarse dentro de un contexto más amplio que afecta tanto directa como indirectamente la oferta de mano de obra agrícola. El crecimiento industrial ha sido la fuerza primordial que se encuentra detrás de la acelerada urbanización de los mayores países de América Latina desde la década de los treinta, incluso aunque el empleo industrial no se haya incrementado siempre de modo tan rápido como la población urbana. El mercado urbano de trabajo dominado por la industria se transformó en la mayor fuente alternativa de empleo para la población rural. Esta competencia produjo sólo de vez en cuando escasez de mano de obra en la agricultura. A pesar de ello, sus efectos en el mercado rural de trabajo fueron de suma importancia pues la competencia urbana obligó cada vez más a los patrones del medio rural a abandonar los medios coercitivos de contratación de mano de obra y a adoptar, en cambio, vínculos puramente económicos con la fuerza de trabajo. En los lugares donde se ha llevado a cabo con mayor rapidez, el proceso de industrialización ha tenido influencia en la movilidad de la mano de obra en el campo, alterando la demanda de trabajadores para la agricultura comercial. Al sustituir la producción de los oficios locales y crear nuevas necesidades, la industrialización ha afectado también a la agricultura comercial mediante sus efectos en el campesinado. En ambos casos, los ingresos en efectivo —que pueden obtenerse casi exclusivamente a través del trabajo asalariado en la agricultura comercial o en las ciudades— adquirieron mayor importancia. De esta forma, la industrialización ha sido un factor importante detrás de la creciente oferta de mano de obra campesina para las empresas capitalistas urbanas y rurales.

A partir de los años treinta, el fortalecimiento y la centralización de los aparatos nacionales de Estado han sido también factores importantes en América Latina. La literatura reciente sobre los mercados urbanos de tra-

bajo ha subrayado el efecto considerable que la reglamentación gubernamental tiene sobre la mano de obra. La distinción entre economías urbanas formales e informales, por ejemplo, refleja el poder regulador del Estado. La más reciente, pero menos evidente, intervención gubernamental en los mercados rurales de trabajo también reviste importancia, sobre todo porque restringe las condiciones de empleo y regula también en forma indirecta la tenencia de la tierra y los contratos de arrendamiento. Nuevas legislaciones, que en su mayor parte se promulgaron durante las décadas de los cincuentas y los sesentas, incluyeron salarios mínimos y estabilidad de empleo tanto para los trabajadores urbanos como para los rurales. En los países más industrializados, las leyes de salarios mínimos se han puesto en vigor a nivel nacional. Los intentos por evitar los efectos de dichas legislaciones en los costos de trabajo son numerosos; no obstante, las grandes empresas se enfrentan cada vez con mayor frecuencia a mercados de trabajo reglamentados, incluso en las zonas rurales (Soares, 1976). Las empresas agrícolas han tendido a evitar el empleo de sistemas de trabajo basados en una fuerza de trabajo residente formada por comuneros y arrendatarios, que podría reclamar beneficios como empleados permanentes y oponerse al desalojo cuando terminaran sus contratos. Tal ha sido el caso, por ejemplo, de los contratos reglamentados de arrendamiento en Argentina desde 1944. Se ha desalentado el arrendamiento y los terratenientes han optado por cultivos de trabajo menos intensivo, particularmente por aquellos que no requieren de una fuerza de trabajo residente (Flichman, 1977).

La legislación rural liberal del siglo xix y principios del xx, dirigida con frecuencia a la creación de una clase de pequeños y medianos terratenientes, dio por resultado la concentración de la tierra y la coerción de una oferta de mano de obra campesina para la agricultura comercial. La legislación rural promulgada después de la segunda guerra mundial, a menudo de una variedad reformista, ha restringido los derechos de los terratenientes. Sin embargo, también contribuyó a fortalecer la tendencia hacia el surgimiento de una fuerza de trabajo libre sin lazos con la tierra, persuadiendo a los terratenientes a que abandonaran los diversos sistemas en los que utilizaban trabajadores residentes y permanentes. Por supuesto, ni la concentración de tierra a través de la expansión del control sobre las comunidades campesinas ni la sustitución de la mano de obra campesina por trabajadores no residentes asalariados, pueden explicarse completamente mediante los cambios en la legislación que reglamentaba los títulos de propiedad agraria y el trabajo rural. No obstante, parecería que la legislación liberal coadyuvó a ligar a los campesinos con las grandes propiedades, mientras que la legislación reformista contribuyó a liberar al campesinado y a transformarlo en proletariado. De manera indirecta, los dos

tipos de legislación influyeron en el grado y la forma de movilidad geográfica de los trabajadores rurales de América Latina.¹⁹

Los cambios en la agricultura y la proletarización de la fuerza de trabajo rural. Los cambios en el medio rural señalados en la sección anterior —crecimiento demográfico, mayor integración física y mayor urbanización en el campo, influencia de la economía industrial y del Estado sobre la división del trabajo y organización social de la producción agrícola— ha dado como resultado la abundancia de mano de obra y la proletarización cada vez mayor de la población rural. En la primera parte de este artículo, se indicó que el rápido desarrollo de la agricultura comercial en América Latina provocó en un principio que el número de campesinos residentes en las grandes propiedades, que cultivaban cosechas comerciales y de subsistencia, aumentara y que los campesinos que no residían en estas grandes propiedades dependieran en mayor medida de los terratenientes, sin abandonar las formas de producción campesinas. La producción campesina demostró ser lo bastante flexible para contraerse y expandirse, de acuerdo con las demandas del sector ya comercializado de la economía rural. La migración permanente y estacional resultó decisiva para que el sistema funcionara. En seguida se discutirán las tendencias recientes que conducen a que la producción campesina sea cada vez menos importante y a que la importancia del trabajo asalariado vaya en aumento. Este fenómeno está íntimamente relacionado con las tasas crecientes de migración definitiva hacia la ciudad y con formas muy extendidas de migración temporal de una zona rural a otra y de zonas rurales a zonas urbanas.

Se considerarán por separado los cambios que afectan la producción en las propiedades y en las unidades campesinas. En las grandes propiedades ha habido una tendencia persistente a una mayor capitalización de la producción, a un aumento en la tasa de capital y al correspondiente declive en la tasa de mano de obra, lo cual ha limitado el aumento en la demanda de mano de obra a pesar del rápido crecimiento de la producción agrícola. En algunos países la introducción de tecnología economizadora de trabajo y algunos cambios en el uso de la tierra —ya sea cambios en el patrón de cultivos o cambios de agricultura a ganadería— han desempeñado un papel importante. Por ejemplo, durante los años treinta y cuarenta, en Argentina (y más recientemente en Brasil y México) la ganadería reemplazó a la producción agrícola de trabajo intensivo. Asimismo las crisis periódicas de los cultivos industriales como el algodón y la caña de azúcar han conducido a elegir cultivos que requieren escasa mano de obra. Un estudio reciente realizado en México muestra la importancia que tiene este factor para explicar la débil demanda de mano de obra en la agricultura comercial desde los primeros años de la década de los sesenta (Rendón,

¹⁹ Evidentemente, los caminos hacia la proletarización agraria son muy variados, y la legislación laboral es sólo uno de los elementos que conforman el panorama. Más adelante, esto se discute de manera más amplia.

1976). Las políticas económicas encaminadas a aumentar la productividad de la mano de obra y a crear un amplio mercado para la industria han fomentado los cambios tecnológicos y el cambio en el patrón de cultivos, propiciado éste por la disponibilidad y el bajo costo de las nuevas técnicas productivas. Estos estímulos han dado como resultado el uso extendido de maquinaria agrícola en un gran número de regiones. Algunas innovaciones en el campo de la genética, como la introducción de variedades de cultivo de alto rendimiento, han aumentado también la producción pero han tenido poco efecto sobre el volumen de empleo (Wardwell, 1973; Pearse, 1977; Shaw, 1976).

La producción capitalista en el campo depende cada vez más de la fuerza de trabajo asalariado no residente. Esto se debe en gran medida a la mayor centralización de la producción, lo cual ha vuelto obsoleto depender de los sistemas tradicionales de explotación del trabajo basados en la división de la tierra disponible para la agricultura en parcelas familiares. Las grandes propiedades solían administrar parte de su producción de manera centralizada, y reservar otra parte para negociarla directamente con los arrendatarios o comuneros; en la actualidad predomina la administración central de la producción (Lehman, sin fecha; Shaw, 1976). Las innovaciones tecnológicas han tenido gran importancia en este renglón, al introducir economías de escala. Asimismo, la centralización se ha visto favorecida con el cambio hacia cultivos que resultan más fáciles de organizar en gran escala. Por último, pero no por ello menos importante, la intervención gubernamental ha provocado que los terratenientes prefieran emplear sólo a trabajadores asalariados que contratan por día y que viven fuera de sus propiedades (Goodman y Redclift, 1977).

Así, la proletarianización de la fuerza de trabajo rural tuvo en parte origen en la nueva organización de la producción en las grandes propiedades. Al observar la producción campesina encontramos otros motivos vinculados con el anterior por los cuales los trabajadores rurales dependen cada vez más del trabajo asalariado en las actividades urbanas y rurales. La presión demográfica en el campo ha sido un factor de gran importancia para favorecer la proletarianización en la producción campesina. Altas tasas de crecimiento de la población y extensiones limitadas de tierra cultivable (limitadas por razones naturales e institucionales) han dado como resultado un incremento en la demanda de trabajo asalariado y una mayor comercialización de la producción campesina. Otro cambio importante, pero que pocas veces se toma en cuenta, es el mayor acceso de los campesinos al mercado, principalmente en las zonas que experimentan una rápida urbanización y una mayor comunicación entre las zonas rurales y urbanas (Sa, 1973). La migración a la ciudad ha desempeñado un papel decisivo en este proceso, ya que facilita la comercialización de la producción campesina y aumenta la disponibilidad del capital necesario por medio de flujos migratorios (Roberts, 1974). Este proceso ha acelerado la monetarización de la economía campesina, al

producir nuevas necesidades de dinero en efectivo; y debido a que la demanda de trabajo en esta forma expandida de producción campesina rara vez iguala al crecimiento de la población, resulta excedente una proporción mayor de fuerza de trabajo campesina.

En suma, en áreas de alta y de creciente densidad de asentamientos rurales se observa en las grandes propiedades tanto un desplazamiento de campesinos de su lugar de residencia como una mayor disponibilidad de familias campesinas para el trabajo asalariado en empleos rurales o urbanos. Es claro que estos procesos no han afectado a todos los países ni a todas las regiones con la misma intensidad.

Las dos secciones siguientes tratarán sobre las tendencias actuales de la migración hacia la ciudad y hacia el campo. Se pondrán de relieve aquellas diferencias entre los países que ayudan a explicar la relación entre la estructura social agraria y la migración, así como los patrones de la migración contemporánea.

Tendencias y variaciones en la migración hacia las ciudades. Generalmente se admite que el ritmo de urbanización ha aumentado en todos los países de América Latina a partir de los años treinta. Resulta también evidente que la migración hacia las ciudades ha desempeñado un papel muy importante en este proceso. Sin embargo, las tasas de crecimiento de la población rural permanecen positivas (y no insignificantes) en la mayoría de los países.²⁰ Sólo en décadas recientes, y en ciertas zonas, la migración neta ha compensado el crecimiento en la población rural. Fox (1975) estima que, de 1960 a 1970, de seis países grandes, sólo Argentina y Chile han tenido sectores urbanos que absorban el 100 por ciento o más del crecimiento demográfico total. Las ciudades brasileñas absorbieron el 68 por ciento y las mexicanas, el 71 por ciento del incremento nacional de población durante esos años (Fox, 1975). Es evidente que el tamaño del sector urbano y las tasas de crecimiento demográfico producen en gran medida estas variaciones. En estos cuatro países, la proporción del total de la población que vivía en ciudades de 20,000 o más habitantes en 1970 fue de 66 por ciento (Argentina), 60 por ciento (Chile), 40 por ciento (Brasil) y 57 por ciento (México). Las tasas promedio de crecimiento anual entre 1960 y 1970 fueron de 1.5, 1.9, 2.8 y 3.4 por ciento para Argentina, Chile, Brasil y México, respectivamente (Fox, 1975). De este modo, son importantes las variaciones en el papel cuantitativo que desempeña la migración a las ciudades con respecto al crecimiento de los sectores urbano y rural; estas variaciones dependen, por lo menos en parte, de otros factores demográficos.

Resulta aquí necesario concentrarse en la migración a las ciudades, la

²⁰ En décadas recientes sólo países sudamericanos templados han mostrado tasas de crecimiento rural negativas. Pero a diferencia de África y Asia, América Latina en conjunto muestra cierto descenso en las tasas de crecimiento rural de las décadas de los cincuenta y los sesenta. Véase Findley (1977:33).

cual constituye uno de los vínculos entre las estructuras sociales urbanas y las rurales. Sostenemos que algunos de los aspectos más importantes de la migración pueden explicarse a partir de la naturaleza del sector rural y su dependencia económica, política y social del sector urbano. Un aspecto importante es la disminución temporal, es decir, determinar si la migración es "permanente" por lo general, o si consiste en permanencias temporales de diversa duración en la ciudad (Nelson, 1976; 721-57). Otro aspecto estrechamente relacionado con éste es el porcentaje de migrantes que regresa al campo. Al analizar los vínculos entre las zonas urbanas y las rurales resulta también interesante conocer el grado de autoselectividad del grupo migratorio y la composición de éste. Aunque el crecimiento de la industria y la expansión de los mercados de trabajo urbanos constituyen los elementos decisivos para determinar las tendencias generales en la migración a las ciudades, el papel que la migración desempeña en la transformación de trabajadores rurales en fuerza de trabajo urbana cambia de acuerdo con las características de la sociedad rural en cuestión. La dinámica particular de los sectores capitalista y campesino de la sociedad rural, la interacción entre ellos y sus cambios, constituyen los aspectos de la sociedad rural que se deben tomar en cuenta para este análisis.

Lo que a continuación establecemos se basa en la literatura que existe sobre Argentina, Brasil y México. En estos tres casos, la cuestión concreta de la naturaleza de la migración a las grandes metrópolis se planteará junto con los cambios en la sociedad agraria. Buenos Aires, São Paulo y la ciudad de México son las ciudades más grandes y más altamente industrializadas de América Latina. Sin embargo, el camino hacia la industrialización que cada uno de ellos ha seguido, y el papel que han desempeñado frente a sus respectivos *hinterlands* son muy diferentes. A partir de los años treinta, estas tres ciudades se convirtieron en los centros industriales de sus respectivos países, posición que se equiparaba con el papel que desempeñaron como centros de atracción demográfica. Los comportamientos cambiantes de la migración interna a dichas ciudades son un reflejo del desarrollo nacional y regional. Este estudio proporciona un resumen de las tendencias generales de la migración a las ciudades, sin considerar las particularidades de los centros urbanos menores.

Entre las grandes zonas metropolitanas, la ciudad de México resulta un caso extraordinario debido a los continuos y estrechos lazos que ha mantenido con la sociedad rural. La ciudad se encuentra rodeada de un área densamente poblada, cuyos habitantes provienen en su mayoría de zonas rurales, y en la cual predomina la forma de producción campesina. El sector campesino dentro y fuera de las haciendas sigue siendo importante a pesar del crecimiento de la agricultura comercial, a partir de la segunda mitad del siglo *xx*.

La ciudad de México ha observado altas tasas de crecimiento a lo largo de este siglo, como puede verse en el Cuadro 5. A partir de la década de los treinta, las tasas han tendido a incrementarse. Las cifras que aparecen en el cuadro corresponden a la zona metropolitana; a partir de los

años cincuenta, las tasas de la ciudad de México han descendido en forma notable. Estimaciones recientes indican que durante la década de los cuarenta, la migración neta contribuyó hasta en un 73% en el crecimiento demográfico total y declinó en las dos siguientes décadas a un 45 por ciento aproximadamente. Así, nos encontramos frente a altas tasas naturales y sociales de crecimiento.

CUADRO 5
TASAS MEDIAS ANUALES DE CRECIMIENTO DEMOGRAFICO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

<i>Periodo</i>	<i>Ciudad de México (%)</i>	<i>Distrito Federal (%)</i>	<i>Zona Metropolitana (%)</i>
1900-1930	3.3	2.6	—
1930-1940	3.4	3.5	—
1940-1950	4.3	5.4	5.4
1950-1960	2.4	4.6	4.9
1960-1970	0.3	3.5	5.2

FUENTE: Unikel, 1976:135.

Existen indicios de que hasta la década de los treinta la migración a partir de zonas rurales no desempeñó un papel de importancia en el crecimiento de la ciudad de México, si se compara con la proporción más elevada de migrantes que provenían de otros centros urbanos. Sin embargo, esta afirmación se refiere a la migración neta, la cual se ve afectada por flujos permanentes, más que temporales. El traslado de habitantes rurales hacia dentro y hacia fuera de la ciudad era en extremo frecuente. Aunque dicha situación prevalecía desde hacía largo tiempo, estos lazos entre las zonas rurales y urbanas tendieron a incrementarse. Según Bataillon (1972), antes de 1940, el papel que desempeñaba la ciudad de México en su *hinterland* rural era esencialmente el de mercado para productos agrícolas. El flujo de productos alimenticios se presentaba acompañado por un flujo de gente que permanecía en la ciudad durante algunos días, semanas o meses. Muy probablemente, este flujo dio por resultado un pequeño pero importante incremento neto de migrantes rurales hacia la ciudad. No obstante, la ciudad no representaba en esa época un mercado de trabajo importante para la población rural. La industrialización incipiente se basó en una mano de obra urbana que provenía en gran medida de la población ya establecida en la ciudad y de migrantes de otras ciudades.

La reforma agraria de la década de los treinta sirvió para retener a la población rural.²¹ El programa de braceros que se llevó a cabo en Estados Unidos durante la guerra y en los años siguientes contribuyó a proporcionar empleos e ingresos monetarios a muchos mexicanos de zonas rurales. Un gran número de braceros fueron contratados inicialmente en la ciudad de México, pero un número indefinido provenía de zonas rurales vecinas. El ingreso que se obtenía de la migración estacional a Estados Unidos también retuvo durante algún tiempo a la población dentro de las zonas rurales.²² Es muy probable que, cuando la industrialización se aceleró en los años cuarenta, la proporción de migración rural con respecto al total de migración neta a la ciudad de México haya sido aún de menos del 50 por ciento. La disponibilidad de tierras originada por la reforma y los empleos temporales en zonas alejadas hicieron factible la persistencia de una economía campesina. Los factores de expulsión se postergaron (Stern, 1977b).

El origen cambiante de la población migrante de la ciudad de México refleja la creciente atracción que ejerce el mercado de trabajo urbano sobre la población rural, en zonas donde la economía agrícola campesina se está deteriorando. Stern señala la importancia cada vez mayor de la migración a partir de regiones donde predomina una agricultura de subsistencia, localizadas entre 150 y 600 kms. alrededor de la ciudad (Stern, 1977a). La proporción de migrantes que provenía de zonas rurales más cercanas y de centros urbanos era más elevada antes de 1955 que durante la década de los sesenta. La enorme importancia de la ciudad de México en el sistema urbano del país hace de su mercado de trabajo el principal centro de atracción para los migrantes rurales. Se estima que, en los años sesenta, entre el 64 y el 78 por ciento de los migrantes permanentes de las regiones más importantes con tasas de migración neta negativas, se establecieron en la ciudad de México (Stern, 1977b). La región central del norte constituye la excepción, ya que de ahí se trasladó a la capital sólo el 23 por ciento —la atracción que ejercen las ciudades que se en-

²¹ Para estimaciones de la absorción de mano de obra en el sector agrícola colectivo de México, véase Rendón (1976).

²² El impacto del programa de braceros en México ha sido objeto de polémica en los últimos años. Parece claro que la migración a Estados Unidos tuvo un efecto contradictorio en la movilidad de la mano de obra dentro del territorio mexicano. Por una parte, existen pruebas que muestran en qué forma la migración temporal al otro lado de la frontera dio a los mexicanos una mayor movilidad geográfica dentro de su propio país. Algunos estudios de comunidades han señalado los cambios que a este respecto se llevaron a cabo en los años cuarenta, y los muestreos realizados en las ciudades más importantes han mostrado una proporción elevada de migrantes cuya experiencia migratoria incluía una o más permanencias en Estados Unidos. Por otra parte, mientras estuvo vigente, el programa de braceros elevó efectivamente el ingreso de familias campesinas de muchas regiones, con lo cual la migración permanente al exterior dejó de ser una alternativa menos apremiante.

cuentran al norte de la frontera entre México y Estados Unidos es mucho mayor en dicha región.

El porcentaje de migrantes rurales en la ciudad de México es excepcionalmente alto para una ciudad de sus dimensiones. Para 1970, los datos de muestreos revelan que el 65 por ciento de los migrantes que han llegado recientemente (0-9 años) nació en poblados de menos de 5,000 habitantes; esta proporción era de 56 y 50 por ciento para aquellos que habían llegado una y dos décadas antes (Muñoz *et al.*, 1974:64). Por supuesto, esta información muestra los orígenes de migrantes que, casualmente, vivían en la ciudad cuando se realizó el estudio. Los estrechos vínculos con una economía campesina agrícola implican todavía un constante ir y venir que podría influir en esos porcentajes. Las encuestas realizadas en la ciudad no son muy útiles para calcular estos movimientos. Sin embargo, pruebas indirectas muestran la importancia de dichos vínculos en la ciudad de México. Un estudio de la industria de la construcción, por ejemplo, señaló que el 23 por ciento de una muestra de trabajadores entrevistados en la ciudad de México se mantenía en estrecha relación con la economía campesina. Poseían una parcela familiar o tenían derecho a tierras ejidales colectivas y se habían trasladado a la ciudad sólo para conseguir algún empleo estacional (Germidis, 1974:56). Este porcentaje fue mucho menor en otras ciudades mexicanas y dependió más de la densidad de la producción campesina en sus *hinterlands* respectivos que del tamaño o el nivel de industrialización de la ciudad de destino. Los resultados de comunidades también subrayaron la importancia de la migración temporal y su creciente tendencia a dirigirse a centros urbanos. Un estudio de la región de Pátzcuaro, por ejemplo, mostró que cerca de la tercera parte de los padres de familia de dicha zona abandonaban su localidad periódicamente en busca de empleo (Pietri y Pietri, 1976:172). El 37 por ciento de ellos se dirigía a la ciudad de México, localizada a más de 300 kilómetros de distancia; muchos otros se trasladaban a centros urbanos más pequeños. Se descubrió que el porcentaje de migrantes temporales era más elevado en pequeños poblados que en localidades más grandes. La disminución de la migración estacional a Estados Unidos y a los distritos agrícolas con irrigación del Noroeste de México originó un incremento de la migración temporal y permanente a la ciudad de México.

A diferencia de la ciudad de México, São Paulo y Buenos Aires se localizan en regiones de asentamiento demográfico relativamente reciente. Sus *hinterlands* más próximos experimentaron altas tasas de crecimiento demográfico a raíz del auge de la producción agrícola mencionado con anterioridad. El rápido crecimiento de la población urbana se debió inicialmente al establecimiento de europeos más que a la migración interna. Esta última sólo adquirió importancia durante la década de los veinte y provenía de zonas rurales y pequeñas ciudades que circundaban a cada capital. Sin embargo, ni en São Paulo ni en Buenos Aires existía una economía campesina importante, a pesar de que las diferencias entre

ambas ciudades eran muy notables. La migración interregional, originada en zonas menos desarrolladas se incrementó en la década de los cuarenta y suministró una nueva fuente de crecimiento demográfico urbano. Aun así, la migración rural-urbana directa era escasa en ambas ciudades.

Las tasas de crecimiento demográfico de São Paulo durante este siglo han sido las más elevadas de estas tres ciudades, y se encuentran entre las más altas de las ciudades del mismo tamaño en todo el mundo. El Cuadro 6 muestra algunas fluctuaciones alrededor de una tasa elevada uniforme de más de 5 por ciento anual desde los años veinte. Se estima que la participación de la migración en el crecimiento total llegó al 77 por ciento durante la década de los cuarenta, cifra que disminuyó a 63 y 61 por ciento en las dos décadas siguientes (Singer, 1973: 62-63). La mayor parte de la migración es interna más que internacional, aunque esta última reviste todavía cierta importancia. La proporción de migrantes rurales en São Paulo es muy reducida, pero no sabemos con certeza de qué manera se ha modificado en décadas recientes. El cálculo más elevado, (1973) Faissol, se basa en el censo de 1970. Este autor señala que el 52 por ciento de la población de la ciudad es migrante y que el 23 por ciento de todos los migrantes posee un origen rural. Basándose en un muestreo doméstico realizado en 1971 y 1972, López (1979) considera que el 12 por ciento de aquellos que no nacieron en la ciudad vivía ante-

CUADRO 6
TASAS ANUALES DE CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO DE SÃO PAULO,
1900-970

<i>Periodo</i>	TASAS ANUALES DE CRECIMIENTO		<i>Social</i>
	<i>Total</i>	<i>Natural</i>	
1900-1910	4.2	N.D.	N.D. ^a
1910-1920	3.6	N.D.	N.D.
1920-1930	6.7	N.D.	N.D.
.....			
1940-1950 ^b	5.5	1.4	4.6
1950-1960 ^b	6.0	2.4	4.2
1960-1970 ^b	5.5	2.4	3.8

FUENTES: 1900-1930 —Hardoy y Langdon, 1978; 1940-1970— Kowarick, 1976.

a) No disponible.

b) Las cifras se refieren a la zona metropolitana.

riormente en una zona rural. El muestreo de Hutchinson, realizado en 1960, indicaba que sólo el 4 por ciento de la población total (o el 5 por ciento del total de migrantes) de la ciudad había nacido en el campo (Hutchinson, 1963). Por supuesto estos porcentajes no implican que el crecimiento urbano y la migración hacia la ciudad sean independientes de la dinámica rural. Por el contrario, sugieren que deberíamos buscar otros tipos de vínculos entre las zonas rurales y las urbanas, donde la migración directa de zonas rurales a grandes ciudades no constituya un aspecto fundamental.

Una proporción elevada de los migrantes que acuden a São Paulo proviene del interior del estado. Por lo tanto, nos concentramos en primer lugar en los cambios rurales que se llevan a cabo en el estado. El crecimiento continuo de la producción agrícola a lo largo de este siglo constituye el hecho más obvio e importante. Este crecimiento, inicialmente ligado a la expansión del cultivo del café, se ha diversificado cada vez más. La zona bajo explotación económica aumentó de aproximadamente 14 millones de hectáreas, en 1920, a 22 millones de hectáreas en 1972 (Lopes, 1977). El área cultivada se mantuvo casi constante entre 1940 y 1970. Sin embargo la producción agrícola se incrementó en forma considerable, sobre todo mediante la incorporación de avances tecnológicos y el mayor uso de capital. La zona destinada a la cría de ganado aumentó notablemente, así como el valor de los productos de origen animal. Las consecuencias de esto último en el empleo son bastante complejas; pero, según Lopes, podrían resumirse analizando dos tipos opuestos de unidades productivas —empresas agrícolas en gran escala y explotaciones familiares (Lopes, 1977). Las empresas agrícolas en gran escala han crecido mediante la selección de técnicas economizadoras de mano de obra con territorio extensivo y capital intensivo; estas empresas han tendido a emplear pocos trabajadores y a preferir, cada vez más, trabajadores no residentes. La gran propiedad típica, que combinaba cultivos comerciales y de subsistencia y estaba basada en los colonos (trabajadores residentes) y comuneros, se modificó radicalmente. La producción se volvió centralizada; pocos trabajadores calificados permanecieron como empleados residentes. Las explotaciones familiares también han intensificado el uso de capital; no obstante, el crecimiento de su número de empleados no ha logrado contrarrestar la disminución de trabajadores residentes en las grandes propiedades. Las cifras del Cuadro 7 referentes a la variación entre tipos de empleo, calculadas por Lopes a partir de censos agrícolas, resumen la tendencia de décadas recientes.

Como cabría esperarse de estas cifras, la población rural del estado disminuyó en números absolutos entre 1940 y 1970. Los migrantes rurales se han trasladado a las ciudades que se encuentran en el estado, incluyendo (aunque no de manera principal) a la capital y a zonas urbanas y rurales de la nueva región fronteriza. Muchas localidades urbanas se han convertido en residencia habitual de un gran número de trabajadores agrícolas, como consecuencia de que sus actividades agrícolas

no eran ya permanentes sino temporales. Estas localidades urbanas se encuentran estrechamente vinculadas con una economía agrícola, pero no con una economía campesina. Hasta cierto punto, este es el caso de la ciudad de São Paulo. Por supuesto, un número creciente de migrantes rurales ha conseguido ocupaciones urbanas; estos migrantes no poseen una economía campesina en el medio rural con la cual puedan mantener estrechos lazos sociales y económicos. Los predios familiares localizados en el estado, que en su mayoría ha progresado, han perdido gran parte de la características de la producción campesina. La tierra tiende a poseer un valor puramente comercial, las organizaciones basadas en la tierra son más débiles y los cultivos de subsistencia se han abandonado.²³ Los parientes que viven en la ciudad han perdido importancia como fuente de ahorro y de mano de obra familiar, y como medio para distribuir en el mercado productos agrícolas. En consecuencia, la migración de retorno y los viajes frecuentes de un lado a otro son habituales entre los trabajadores agrícolas asalariados; para ellos, la movilidad constante se ha convertido en un hecho cotidiano. Otras categorías de emigrantes rurales se dedican a actividades urbanas, a menos, por supuesto, que emigren a regiones fronterizas.

CUADRO 7

VARIACIÓN ENTRE TIPOS DE EMPLEO QUE DESEMPEÑAN TRABAJADORES EN LA CIUDAD DE SÃO PAULO

(Por ciento)

<i>Periodo</i>	<i>Mano de obra familiar</i>	<i>Empleados residentes</i>	<i>Empleados temporales</i>	<i>Total</i>
1940-1950	-15.1	-26.8	+9.2	-19.7
1950-1960	+38.2	-21.1	+184.4	+23.4
1960-1970	+4.0	-38.7	-29.0	-17.2
Distribución porcentual (1970)	56.5	23.6	19.9	100.0

FUENTE: Lopes, 1977.

La migración de retorno de São Paulo solía ser característica de los migrantes del noreste.²⁴ Cuando, después de la segunda guerra mundial, estos migrantes empezaron a trasladarse en grandes oleadas hacia el sur,

²³ El estudio clásico sobre la sociología de la vida rural en São Paulo es el que realizó Cândido (1971). Véase también Durhan (1973).

²⁴ El contraste entre los migrantes del noroeste y los paulistas en São Paulo fue establecido inicialmente por Lopes (1961).

acudían con frecuencia a las ciudades sureñas en busca de empleos temporales. Los salarios más altos y los hábitos de consumo reducido les permitían llevar ahorros a su casa, generalmente a una economía doméstica. Por supuesto, muchos migrantes de la región noreste se establecieron en São Paulo y Río de Janeiro, pero representaban sólo una minoría. El flujo total disminuyó en la década de los sesenta, debido tal vez a la mayor atracción que ejercían las ciudades del noreste y la frontera amazónica. La migración a estos lugares adquirió características muy distintas a las de la migración al estado de São Paulo.

En resumen, determinadas tendencias en la agricultura, primero en un estado y después a nivel nacional, son importantes para explicar algunos aspectos de la migración a la ciudad de São Paulo. La población rural no se ha trasladado en grandes cantidades a la ciudad más grande. Algunos de los que han emigrado conservan empleos agrícolas, pero se han visto precisados a establecer su residencia en ciudades más pequeñas. Otros han podido conservar una economía agrícola más o menos próspera que, debido a la urbanización, cuenta con mercado cada vez más amplio. La urbanización dentro del estado, aunque dominada por la ciudad de São Paulo, ha dado origen a una compleja red de ciudades, en parte como consecuencia de una agricultura dinámica. Por último, aunque no por ello menos importante, la existencia de una frontera agrícola ha aliviado de manera efectiva la presión sobre las zonas urbanas.²⁵

Finalmente, revisaremos en forma breve el caso de Argentina. Durante largo tiempo Buenos Aires ha dominado el sistema urbano argentino. Dicha ciudad era más grande que la ciudad de México y São Paulo, y contaba con una proporción mucho mayor de la población urbana total que estas dos últimas ciudades. Sin embargo, el periodo de crecimiento acelerado terminó en la época de la primera guerra mundial, como puede observarse en el Cuadro 8. Desde 1915 las tasas de crecimiento demográfico han permanecido alrededor del 2 por ciento anual, con un nivel máximo de 2.7 por ciento entre 1945 y 1960. Una tasa mucho más reducida de crecimiento natural explica gran parte de la diferencia entre Buenos Aires y las otras dos ciudades. Durante este siglo la migración neta ha sido responsable de más de dos terceras partes del incremento demográfico total de Buenos Aires, excepto en la década de los sesenta, cuando disminuyó a un poco más del 50 por ciento. A partir de los años treinta, la migración de extranjeros (un número desconocido pero relativamente pequeño de éstos también pudieron haber sido migrantes internos) ha perdido importancia en comparación con la migración de la población nativa, pero aún influye en cierta forma en el incremento total (Recchini de Lattes, 1971; 1975).

²⁵ Para una revisión general de la migración contemporánea en Brasil, véase Redwood (1975).

CUADRO 8
TASAS DE CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO EN BUENOS AIRES
1855-1970

TASAS ANUALES DE CRECIMIENTO				
<i>Periodo</i>	<i>Total</i>	<i>Natural</i>	<i>Migrantes (Nativos)</i>	<i>Migrantes (Extranjeros)</i>
1855-1870	4.4	0.7	0.6	4.2
1870-1885	4.5	0.6	0.4	3.6
1885-1895	5.2	1.6	0.6	3.5
1895-1905	3.9	2.1	0.5	2.0
1905-1915	4.7	1.8	0.3	3.3
1915-1935	1.9	0.9	0.4	0.9
1935-1945	2.0	0.7	1.1	0.4
1945-1960	2.7 ^a	0.7 ^a	1.2 ^a	0.8 ^a
1960-1970	2.2 ^a	N.D. ^b	N.D. ^b	N.A. ^b

FUENTES: Recchini de Lattes, 1971 y 1975.

a) Cifras correspondientes a la zona metropolitana.

b) No disponibles.

El descenso de la población rural en el *hinterland* de Buenos Aires, que incluye a la provincia del mismo nombre y partes de otras provincias de las pampas, se inició de manera muy prematura. La agricultura y la ganadería comerciales dominaron siempre la economía de este *hinterland*. El arrendamiento constituía el sistema predominante de uso de mano de obra en la agricultura, mientras que la ganadería tendía a basarse en grandes propiedades y a utilizar trabajadores asalariados. (Por supuesto, había excepciones a esta regla). La rápida mecanización de la agricultura que se llevó a cabo entre 1914 y 1937 disminuyó la demanda de trabajadores que laboraban en las épocas de cosecha en las regiones productoras de cereales. Ya se había frenado el rápido incremento de la zona cultivada, que crecía a sólo 1.5 por ciento anual y no al 8 por ciento anual de los veinte años anteriores (Flichman, 1977: 100-108). Las tasas de crecimiento de la ganadería eran más bajas que la producción agrícola, con un incremento en la cría de ganado vacuno y una disminución en la cría de ganado ovejuno (que se desplazó más hacia el sur). En conjunto, estos cambios provocaron una disminución en la demanda

de mano de obra, sobre todo (aunque no únicamente) de trabajadores estacionales en las épocas de cosecha. Se estima que los trabajadores temporales disminuyeron de aproximadamente 50 por ciento al 20 por ciento del total de la fuerza de trabajo entre 1908 y 1937.²⁶ La mayoría de trabajadores permanentes eran cabezas de unidades de producción (pequeños propietarios, arrendatarios, comuneros) y sus familias. En 1937, sólo el 15 por ciento de todos los trabajadores permanentes eran empleados estrictamente sin familia. En esa época el total del empleo permanente en la agricultura de las pampas seguía aumentando en términos absolutos, y creció 40 por ciento en 23 años. No obstante, las zonas rurales ya habían empezado a perder población en términos absolutos, después de muchas décadas de rápido crecimiento.

Las estimaciones sobre el crecimiento demográfico rural y urbano durante la década de los veinte para todo el país muestran altas tasas de crecimiento, ligeramente más elevadas para la población urbana que para la rural. Ambas tasas disminuyeron durante los años treinta, cuando cesó la inmigración; pero la tasa rural decreció de manera drástica. Hasta 1930, la inmigración de nativos y extranjeros había compensado la emigración rural de nativos. Según las estimaciones más recientes de Lattes, las tasas anuales de migración neta para las zonas rurales han sido negativas desde 1930. Llegaron a a la cifra de -2 por ciento a fines de la década de los cuarentas, y a -3 por ciento a fines de los años sesenta. A partir de 1945, la población rural de todo el país ha presentado tasas de crecimiento demográfico negativas (Lattes, 1978).

Estas tendencias han sido más notables en la región de las pampas que en el país en general, desde fines de la década de los treinta, época en la que la producción agrícola empezó a disminuir en términos absolutos. El cambio a actividades ganaderas provocó que el empleo rural se redujera a la mitad entre 1937 y 1947; dicha disminución fue más notable entre los trabajadores agrícolas independientes y sus familias que entre los empleados, cuyo número, en realidad, aumentó ligeramente (Flichman, 1977). Un número cada vez más elevado de agricultores desplazados, y quienes dependían de ellos, empezaron a trasladarse a las ciudades; la migración a la ciudad ya no estaba limitada a los jóvenes, a quienes no estaban conformes con la vida rural de las pampas, o a trabajadores temporales, como había sucedido en el pasado. Ahora el campo comenzaba a despoblarse. Las regiones predominantemente rurales de la provincia presentaron una tasa negativa de 1.4 por ciento de crecimiento anual entre 1938 y 1947 (Sánchez-Albornoz, 1970).²⁷ Los programas de colo-

²⁶ Resulta particularmente difícil calcular la evolución del empleo rural en Argentina (como en otros países), dados los cambios en la clasificación y las diferentes metodologías que se han utilizado en los censos agrícolas y de población; véase la nota metodológica al apéndice estadístico en Flichman (1977).

²⁷ Sánchez-Albornoz muestra también que entre 1938 y 1947 más de la mitad de los sectores predominantemente rurales (partidos) perdió población en términos absolutos.

nización en algunas regiones del interior atrajeron a muchos agricultores desplazados, pero dicho esfuerzo no resultó suficiente para absorber a todos. Además, la industrialización se estaba llevando a cabo rápidamente debido a la guerra y había grandes posibilidades de conseguir empleo en la ciudad. Estos migrantes fueron aislados de su medio rural, al cual no podían regresar. Provenían de una economía agrícola extremadamente comercializada y se trataba, por lo general, de trabajadores calificados que poseían ahorros.

Como consecuencia de la crisis agrícola y de la industrialización, la migración a Buenos Aires se incrementó. Hasta 1945 predominó la migración que provenía de pueblos y zonas rurales de la región de las pampas; casi dos terceras partes de los migrantes nativos provenían de aquella región.²⁸ Sin embargo, desde entonces gran cantidad de migrantes que provienen de otras regiones han empezado a llegar. En la literatura argentina que aborda el tema de la migración hacia las ciudades se ha hablado mucho sobre las diferencias entre estos flujos: el primero, de origen extranjero, proviene de una región rica orientada hacia la agricultura con altos niveles de urbanización; y el segundo, originado en provincias menos desarrolladas, más tradicionales.²⁹ Esta distinción es válida, pero probablemente se haya exagerado su importancia. Estas últimas provincias no eran necesariamente rurales ni estaban atrasadas en la década de los cuarenta, aunque eran más pobres y se encontraban menos urbanizadas. Los migrantes venían a consecuencia, sobre todo, de crisis sucesivas en las cosechas industriales, algunas de las cuales habían atraído a migrantes rurales sólo en años recientes. Tal vez haya tenido más importancia el atractivo de un mercado de trabajo en expansión en Buenos Aires. Sólo en pocas zonas de baja densidad de población se advertían indicios de una economía campesina. Los pequeños agricultores comerciales, muchos de los cuales eran muy pobres, tuvieron que partir debido a una disminución de los ingresos familiares. Aun cuando sólo emigraran los hombres y mujeres más jóvenes (a causa de la reducción de oportunidades) y mantuvieran estrechos vínculos con las familias de origen, en la mayoría de los casos la migración era permanente. Sin embargo, sus patrones de migración son distintos a los patrones de los migrantes anteriores —más selectivos y, definitivamente, más desarraigados— quienes provenían de las zonas rurales de las pampas.

Este contraste resulta más notable al considerar el caso específico de la migración de algunos países vecinos —principalmente Bolivia y Paraguay— hacia Buenos Aires. (Uruguay y Chile constituyen también fuentes importantes de migrantes, pero estos últimos presentan características

²⁸ Para una estimación más reciente, véase Lattes (1978).

²⁹ La polémica se centra esencialmente en las consecuencias políticas de la rápida urbanización desde la década de los treinta y en el papel de los migrantes internos (con antecedentes rurales tradicionales) en el surgimiento del peronismo. Para un resumen de la polémica véase Little (1975).

diferentes). Las estimaciones de la inmigración de Bolivia y Paraguay son incompletas, debido al alto porcentaje de entradas ilegales (Mármora *et al.*, sin fecha). Sin embargo en ambos casos existe un gran flujo hacia las zonas fronterizas, sobre todo en busca de trabajo agrícola estacionario, y otro hacia Buenos Aires. El flujo a la ciudad muestra altas tasas de migración de retorno. Varios factores ayudan a mantener estrechos lazos con la comunidad de origen: la existencia de una empresa familiar, urbana o rural; la elevada proporción de migrantes que se trasladaban solos, tanto hombres como mujeres; el hecho de ser extranjeros y encontrarse, algunas veces, en situación ilegal; y las políticas cambiantes e impredecibles del gobierno argentino.

Las tasas de migración de los hombres bolivianos son más altas que en el caso de las mujeres, ya que éstas tienden a rechazar el servicio doméstico que constituye el principal mercado de trabajo urbano para trabajadoras migrantes no calificadas. Las mujeres bolivianas muy raras veces aceptan este tipo de empleo en sus comunidades de origen; en cambio participan por lo general en la producción familiar agrícola o artesanal. Por el contrario, las mujeres paraguayas desempeñan con frecuencia trabajos domésticos en su país, pero tienen una menor actividad económica en la economía campesina con orientación ganadera que se desarrolla cerca de Asunción. A Buenos Aires emigran más mujeres paraguayas que hombres, y trabajan esencialmente en el servicio doméstico. En ambos casos, los hombres trabajan sobre todo en la industria de la construcción, caracterizada por variaciones estacionales importantes en los niveles de empleo (Marshall, 1978). La migración de bolivianos y paraguayos a Buenos Aires se caracteriza, pues, por la rápida adaptación a los cambios del mercado de trabajo urbano, por una parte, y por las oportunidades económicas para empresas familiares en los países de origen, por la otra. El gran volumen de envíos de dinero, las visitas cortas y los estrechos vínculos con la comunidad migrante en Buenos Aires facilitan esta adaptación.

La proletarianización de la fuerza de trabajo agrícola y la migración rural contemporánea. La enorme importancia que en la actualidad reviste la migración rural-urbana en América Latina tiende a restar importancia a otros patrones migratorios de la población rural, como son el establecimiento de regiones agrícolas fronterizas y la migración temporal de trabajadores agrícolas. A continuación comparamos los patrones habituales de migración rural con los que prevalecen bajo condiciones de escasez de mano de obra que se describieron anteriormente en este artículo. Indicamos también los vínculos que existen entre la urbanización y la migración rural temporal en muchos países de América Latina hoy en día.

La migración temporal entre zonas rurales se ha llevado a cabo hasta hace algunas décadas en forma de flujos estacionales de campesinos que

buscan empleos asalariados en plantaciones capitalistas o haciendas.³⁰ Desde el punto de vista de la producción agrícola capitalista, la migración estacional constituía una solución para las pronunciadas fluctuaciones de la demanda de mano de obra durante el ciclo productivo. Esta solución implicaba, por definición, que la mano de obra dedicada a un trabajo asalariado estacional tenía acceso a otros medios de subsistencia durante el resto del año. De no ser así, los trabajadores dependerían totalmente del trabajo asalariado o desaparecerían como fuente de mano de obra para las plantaciones. Por lo tanto, la migración estacional constituía un elemento esencial en la relación entre dos formas de producción agrícola diferentes tanto en su estructura como en el aspecto espacial —la producción capitalista y la campesina. La migración estacional adquirió mayor importancia donde la expansión de la producción agrícola capitalista orientada hacia el mercado sufría notables fluctuaciones de la demanda de mano de obra y una escasez crónica de mano de obra local. La relación entre la producción capitalista y la campesina nunca estuvo limitada al flujo estacional de trabajadores. Por lo general incluía varios medios de control político y económico directo o a través del aparato estatal, que los terratenientes ejercían sobre los grupos campesinos.

Este sistema de migración estacional entre las zonas rurales se presenta todavía en muchas regiones de América Latina, sobre todo donde la cosecha no se ha mecanizado y provoca un punto máximo en la demanda de mano de obra. Sin embargo, el panorama general de la migración temporal ha tendido a cambiar. El restringido patrón estacional de movilidad entre regiones bien delimitadas ha perdido importancia desde el punto de vista cuantitativo. El nuevo fenómeno consiste en el surgimiento de una clase de trabajadores agrícolas proletarizados que no poseen una residencia permanente en las plantaciones, pero que tampoco participan de manera habitual en la producción agrícola de subsistencia. Estos trabajadores y sus familias obtienen la mayor parte de sus ingresos a través de empleos agrícolas temporales que no están vinculados en forma alguna con un patrón determinado. Más bien, son contratados diaria o semanalmente, por lo general en pequeños grupos. Un contratista laboral se encarga de organizarlos y tienden a aparecer en los censos y otras estadísticas como trabajadores "independientes". El traslado diario así como la migración temporal, constituye una forma de vida para estos trabajadores. Con frecuencia se trata de personas que habían sido trabajadores residentes en propiedades tradicionales, que habían hecho convenios de arrendamiento o aparcería, pero que habían sido expulsados debido a cambios en la organización de la producción. Se mudaron a

³⁰ Existen muchos estudios descriptivos sobre la migración estacional en determinadas regiones de América Latina (así como en otras partes del mundo) pero no se han realizado análisis de las variaciones en los patrones de migración estacional. Para algunas hipótesis generales sobre el funcionamiento del sistema, véase Burawoy (1975) y Meillassous (1977).

pueblos y pequeñas localidades, algunas veces incluso a grandes ciudades, pero permanecían vinculados al trabajo agrícola, que ahora realizaban exclusivamente sobre una base salarial. Por lo tanto, esto puede describirse como un proceso creciente de proletarización y urbanización de la fuerza de trabajo, y dicho proceso es responsable del surgimiento de los nuevos patrones de migración temporal.

En muchos países se ha descrito el surgimiento de esta nueva mano de obra agrícola proletarizada, pero en el caso de Brasil la literatura sobre este tema es particularmente abundante.³¹ Las estimaciones a este respecto son bastante inciertas, porque ni los censos de población ni los censos agrícolas están diseñados adecuadamente para comprender este fenómeno. Una revisión reciente de la literatura sobre este tema muestra qué tan difundido se encuentra este proceso en Brasil, tanto en regiones ricas como pobres (Goodman y Redclift, 1977; Botey *et al.*, 1975). Por lo tanto, la expulsión de trabajadores residentes no se limita a las regiones agrícolas más desarrolladas. La proporción de trabajadores temporales en relación con el número de trabajadores permanentes se ha incrementado en todas partes y actualmente la proporción es de uno a uno. Según López, en el estado de São Paulo que tenía un mayor desarrollo, las grandes propiedades —aquellas de más de 500 hectáreas— empleaban en 1970 un 45 por ciento menos de trabajadores que en 1940, a pesar del gran incremento de trabajadores temporales que según las estimaciones de 1970 constituían el 40 por ciento de la mano de obra de todas las grandes propiedades (Lopes, 1977).³²

Uno de los aspectos más interesantes del crecimiento de la mano de obra proletarizada que se han señalado en Brasil y Perú, es la asociación de dicho crecimiento con una mano de obra estacional que cada vez se reduce más (Scott, 1976). Los trabajadores temporales que habitan en localidades y pueblos cercanos han sustituido tanto a los trabajadores permanentes como a los migrantes estacionales que solían llegar de otras regiones durante las épocas de cosecha. Esto último sugiere que una oferta abundante de mano de obra agrícola a nivel local constituye la base del nuevo sistema de uso de mano de obra. Actualmente las grandes propiedades se encuentran en condiciones de emplear, sin costo adicional, un número extremadamente variable de trabajadores casi de un día para otro, de acuerdo con sus necesidades. No requieren de una mano de obra residente numerosa; ni dependen de la cuidadosa planeación anticipada de la mano de obra migrante. Las grandes propiedades pueden obtener en forma local (o a cierta distancia, gracias a los adelantos del

³¹ Véase la revisión realizada por Goodman y Redclift (1977) y los diversos volúmenes de las conferencias nacionales sobre mano de obra migrante: *Mão de Obra Volante na Agricultura* (Botucatu, São Paulo: Universidade Estadual de São Paulo, Departamento de Economía Rural, 1975-1979).

³² Entre 1936 y 1965, los trabajadores rurales permanecen (inquilinos) de la región Central de Chile disminuyeron del 70 al 26 por ciento de todos los trabajadores sin familia (Aranda-Baeza, 1978, 0.173).

transporte) tantos trabajadores como sean necesarios en determinado momento.

Resulta indispensable realizar más investigaciones para determinar los mecanismos causales implicados en esta sustitución del sistema tradicional de una mano de obra residente complementada con mano de obra migrante estacional por un nuevo sistema basado en trabajadores asalariados no residentes. Sin embargo, es obvio que la abundante disponibilidad de mano de obra —el crecimiento del número de trabajadores independiente en busca de trabajo asalariado que se encuentran en los alrededores— es una condición necesaria para el buen funcionamiento de este nuevo sistema. El crecimiento demográfico y la expulsión de trabajadores residentes permite que esta condición se lleve a cabo. Otros factores considerados como determinantes para este cambio —creciente capitalización de la producción agrícola, nuevas legislaciones laborales y cambios tecnológicos— ya han sido señalados.

A diferencia del caso de la migración estacional tradicional, la nueva migración temporal de trabajadores agrícolas no implica un control detallado por parte de los terratenientes sobre las comunidades donde viven estos trabajadores. El vínculo entre el propietario y el trabajador se ha convertido en una relación puramente contractual. Las condiciones de trabajo pueden seguir siendo tan severas como en el antiguo sistema, y de hecho se sabe de algunos casos de violencia, sobre todo en regiones fronterizas (Cardoso y Muller, 1976). La organización de grupos de trabajo durante el reclutamiento y el transporte al trabajo es una característica que se observa en la mayoría de los casos de migración estacional dentro del nuevo sistema. Los contratistas de mano de obra han sido y son utilizados casi en todas las partes; sin embargo, el papel que desempeñan ha cambiado considerablemente (Stein, 1973; Whiteford, 1975). En el antiguo sistema solían ser empleados bien remunerados de las plantaciones, con recursos y facultades para realizar pagos por adelantado e inducir a los trabajadores a firmar contratos de trabajo para la época de cosecha; más tarde, hacían que dichos contratos se cumplieran. Algunas veces los contratistas de mano de obra eran hombres de negocios locales y políticos que recibían una comisión por parte de las plantaciones por cada trabajador contratado durante la época de cosecha. Con el surgimiento del nuevo sistema, estos contratistas se han convertido en agentes independientes, cuyos lazos con una plantación determinada son mucho más débiles. Con frecuencia se trata de dueños de camiones que forman grupos de trabajo más o menos permanentes y firman contratos de servicios con las plantaciones por tareas determinadas; también se encargan de supervisar y pagar a los trabajadores. La abundancia de mano de obra disponible hace que sean más importantes para los trabajadores que para los patrones, ya que aquéllos dependen de estos intermediarios para conseguir un empleo. La principal ventaja para los patrones es que los

trabajadores no aparecen como sus empleados; por lo tanto, los patrones no tienen que pagar costos de trabajo indirectos (fondos de jubilación y desempleo, seguridad social, etc.).

OBSERVACIONES FINALES

En este artículo se ha analizado la migración desde y hacia zonas rurales en América Latina, que se realiza como consecuencia de la expansión y reducción de oportunidades económicas en el campo. El énfasis que se da a las oportunidades económicas no es excepcional en la literatura sobre este tema. Un estudio reciente descubrió que el reconocimiento de los factores económicos predomina en la literatura sobre migración independientemente de la teoría que se utilice para explicar este fenómeno (Findley, 1977). Cuáles son los grupos sociales que migran y cómo se organiza socialmente el proceso migratorio son aspectos que probablemente se consideren con menor frecuencia, desde el punto de vista de la organización social de la producción agrícola.

A menudo la migración es una respuesta a los cambios sociales, sobre los cuales los individuos no ejercen ningún control. Por esta razón, los análisis que atribuyen la migración únicamente a motivaciones y comportamientos individuales no pueden comprender plenamente sus causas e implicaciones. Un intento por escapar a esta inclinación hacia la "individualización" condujo a un examen de las características de la estructura social—sobre todo la organización de la producción en lugares de origen y destino— para comprender por qué determinados grupos se trasladan (o no se trasladan) y cómo lo hacen, en circunstancias históricas y geográficas concretas. Deben comprenderse los lazos de unión entre las zonas de origen y destino, y es necesario considerar a la migración como un vínculo posible.

Este enfoque "sociologista" pretende explicar las variaciones en el sistema migratorio, más que las decisiones individuales acerca de la migración. Aunque, en última instancia, ambas parecerían ser tareas complementarias, nuestros conceptos en lo que se refiere a la migración como características de la sociedad, aún no están perfectamente desarrollados. En este artículo no se ha intentado avanzar en este sentido, excepto para mostrar en qué forma los controles externos de la sociedad sobre la movilidad espacial de la mano de obra podrían constituir una variable fundamental para la migración. También se ha subrayado la necesidad de considerar la manera en que surgen los sistemas migratorios bajo condiciones históricas particulares.

Finalmente, al observar la migración desde esta perspectiva, la estructura de las oportunidades que dirigen el comportamiento individual, no se puede dar por supuesta sino que se considera como un factor problemático. Al analizar la forma en que la migración se lleva a cabo, no puede ignorarse el por qué en algunas regiones el ingreso o las oportunidades de empleo son más elevados que en otras. Desde este punto de vista el análisis de la migración se vuelve parte integral del análisis del desarrollo.

Traducción de Armida Liévana

BIBLIOGRAFÍA

- Adamson, A. *Sugar without slaves: the political economy of British Guiana, 1838-1904*. New Haven, Conn.: Yale University Press. 1972.
- Appendini, K. A. de, et al. "Desarrollo desigual en México, 1900 y 1960." *Demografía y Economía* 6:1-39. 1972.
- Aranda-Baeza, X. "Interrelaciones entre potencial productivo, estructura agraria y migración: Chile." Mimeografiado. Santiago: FLAGSO. 1978.
- Arriaga, E. A., y Davis, K. "The Pattern of Mortality Change in Latin America." *Demography* 6:223-42. 1969.
- Balán, J. "Migraciones, mano de obra, y la formación de un proletariado agrícola en Tucumán, Argentina." *Demografía y Economía*, 10: 201-34. 1976.
- Balán, J. "Migrations and urbanization in Brazil," 1870-1930. En *Urbanización in the Americas from its beginnings to the present*, eds. Richard P. Schaedel et al. La Haya: Mouton. 1978.
- Bataillon, C. *La ciudad y el campo en el México Central*. México, D.F., Siglo XXI. 1972.
- Bauer, A. J. *Chilean rural society from the Spanish conquest to 1930*. Cambridge: Cambridge University Press. 1976.
- Bauer, A. J. "Rural workers in Spanish America: problems peonage and oppression." *Hispanic American Historical Review* 59: 34-63. 1979.
- Bazant, Juan. *Cinco haciendas Mexicanas: tres siglos de vida rural en San Luis Potosí (1600-1910)*. México, D.F. El Colegio de México. 1975.
- Botey, C. et al. *Los jornaleros agrícolas migratorios; una solución organizativa*. México, D.F., Secretaría de la Reforma Agraria. 1975.

- Branding, D. "La ciudad en la América borbónica: élite y masas." En *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, eds. J. E. Hardoy et al. Buenos Aires; Ediciones SIAP. 1978.
- Browning, H. L. *Urbanization in Mexico*. Ph.D. dissertation, University of California Berkeley. 1962.
- Purawoy, M. "The functions and reproduction of migrant labor: comparative material from Southern Africa and the United States." *American Journal of Sociology* 81: 1050-87.
- Cándido, A. *Os parceiros de Rio Bonito*. 2a. ed. São Paulo; Livraria Duas Cidades. 1971.
- Cardoso, F. H. y Muller, G. *Amazonia: a expansão do capitalismo*. São Paulo: Brasiliense. 1976.
- Chevalier, F. *Land and society in colonial Mexico: the great hacienda*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press. 1970.
- Cortés-Conde, R. *Hispanoamérica: la apertura al comercio mundial*. Buenos Aires: Paidós. 1974.
- Costa, E. V. da. *Da senzala á colônia*. São Paulo: Difusão Europeia do livro. 1966.
- Cowell, B. "Cityward migration in the nineteenth century: the case of Recife, Brazil". *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 17:1. 43-63. 1975.
- Cunniff, R. L. *The great drought: Northern Brazil, 1877-1880*. Ph.D. dissertation, The University of Texas at Austin. 1970.
- Dahl, V.C. "Alien labor in the Gulf Coast of Mexico, 1880-1900." *The Americas* 17: 21-35. 1960.
- Davis, K. *Cities and mortality*. Population Reprint Series. Berkeley, Calif.: International Population and Urban Research, University of California. 1973.
- Dean, W. *Río Claro: um sistema brasileiro de grande lavoura*. São Paulo: Paz e Terra. 1977.
- Díaz-Alejandro, C.F. *Essays on the economic history of the Argentine republic*. New Haven, Conn.: Yale University Press. 1970.
- Domar, E. D. "The causes of slavery or serfdom: a hypothesis." *Journal of Economic History* 30: 18-32. 1970.
- Duncan, K., y Rutledge, I., eds. *Land and labor in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press. 1977.
- Durhan, E. R. *A Caminho da cidade: a cidade, a vida rural e a migração para São Paulo*. São Paulo: Editora Perspectiva. 1973.

- Faissol, S. "Migrações internas e suas repercussões no crescimento urbano e desenvolvimento econômico." *Revista Brasileira de Demografia* 35: 131-145. 1973.
- Fernandes, F. *A integração do negro na sociedade de classes*. São Paulo: Dominus. 1965.
- Findley, S. *Planning for internal migration: a review of issues and policies in developing countries*. Washington, D.C.: U.S. Bureau of the Census. 1977.
- Flichman, G. *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino*. México: Siglo XXI. 1977.
- Fox, R. W. *Urban population growth trends in Latin America*. Washington, D.C.: Banco Interamericano de Desarrollo. 1975.
- Germidis, D. A. *Labour conditions and industrial relations in the building industry in Mexico*. París: Organización para la cooperación y el desarrollo económico. 1974.
- Goodman, D., y Redclift, M. "The 'Boias-Frias': rural proletarianization and urban marginality in Brazil." *International Journal of Urban and Regional Research*: I 348-64. 1977.
- Graham, D. H. "Migração estrangeira e a questão da oferta de mão-de-obra no crescimento econômico brasileiro, 1880-1930." *Estudios Económicos* 3: 7-64. 1973.
- Graham, D. H., y Buarque de Hollanda Filho, S. *Migration, regional and urban growth and development in Brazil*. Mimeografiado. São Paulo: Instituto de Pesquisas Económicas.
- Guillet, D. "Migration, agrarian reform and structural change in rural Peru." *Human Organization* 35: 295-302. 1976.
- Guy, D. J. "The rural working class in nineteenth century Argentina: forced plantation labor in Tucuman." *Latin American Research Review* 13: 135-45. 1978.
- Hall, M. M. *The origins of mass immigration in Brazil, 1871-1914*. Ph.D. dissertation, Columbia University. 1969.
- Hardoy, J. E., y Langdon, M. E. "Desigualdades regionales en Hispanoamérica (1850-1930): Análisis histórico y estudios nacionales (Argentina, Costa Rica, Chile)." *Revista de Indias*, 151-152: 11-133. 1978.
- Holloway, T. H. *Migration and mobility: immigrants as laborers and landowners in São Paulo, Brazil*. Ph.D. dissertation, University of Wisconsin, Madison. 1974.
- Hutchinson, B. "The migrant population of urban Brazil." *América Latina* 6: 41-72. 1963.

- Katz F. "Labor conditions on haciendas in Porfirian Mexico: some trends and tendencies." *Hispanic American Historical Review* 54: 1-47. 1974.
- Klarén, P. F. *Modernization, dislocation, and aprismo*. Austin, Texas: The University of Texas Press. 1973.
- Kowarick, L. "The logic of disorder: capitalist expansion in the metropolitan area of Greater São Paulo." *Actes du XLII Congres International des Americanistes*. vol 1. 1976.
- Lattes, A. E. "Migration, population change, and ethnicity in Argentina." En *Migration and urbanization*, eds. B. M. Dutoit y M. I. Šafa. La Haya: Mouton. 1975.
- Lattes, A. E. "La dinámica de la población rural en la Argentina entre 1870 y 1970." Ponencia presentada en el Simposio CLACSO/UNESCO sobre Migración Interna, Septiembre 18 al 21 de 1978, Cuernavaca, México. Mimeografiado. 1978.
- Lehman, D. *A theory of agrarian structure: typology and paths of transformation in Latin America*. Cambridge: Centro de Estudios Latino-americanos. (sin fecha).
- Lewis, W. A. "Economic Development with unlimited supplies of labor." En *The Economics of Underdevelopment*, eds. A. N. Agarwala y S. P. Singh. Nueva York: Oxford University Press. 1963.
- Little, W. "The popular origins of Peronism." En *Argentina in the Twentieth Century*, ed. David Rock. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press. 1975.
- Lopes, J.R.B. "Aspects of adjustment of rural migrants to urban-industrial conditions in São Paul, Brazil." En *Urbanization in Latin America*, ed. Philip M. Hauser. Paris: UNESCO. 1961.
- Lopes, J. R. B. "Empresas y pequenos productores no desenvolvimento do capitalismo agrario em São Paulo (1940-1970)." *Estudios CEBRAP* 22: 41-110. 1977.
- Lopes, J. R. B. (en prensa). "Capitalism in the periphery: notes on the development of the proletariat in São Paulo." *International Journal of Urban and Regional Studies*.
- Mármora, L., et al. *La inmigración desde países limítrofes hacia la Argentina: análisis estadístico*. Buenos Aires: Ministerio del Interior.
- Marshall, A. *El mercado de trabajo en el capitalismo periférico: el caso de Argentina*. Santiago: PISPAL. 1978.
- Martínez-Alier, J. *Haciendas, plantations and collective farms*. Londres: Frank Cass. 1977.

- Meagher, A. J. *The introduction of Chinese laborers in Latin America: the coolie trade*. Ph.D. dissertation, University of California, Davis. 1975.
- Meillassoux, C. *Mujeres, graneros y capitales: economía doméstica y capitalismo*. México: Siglo XXI 1977.
- Migración y desarrollo*. Varias fechas. 4 vols. Buenos Aires: CLACSO.
- Morse, R. M., ed. *The urban development of Latin America, 1750-1920*. Stanford: Centro de Estudios Latinoamericanos. 1971.
- Muñoz, H. et al. *Las Migraciones internas en América Latina*. Buenos Aires: Nueva Visión. 1974.
- Nelson, J. M. "Sojourners versus new urbanites: causes and consequences of temporary versus permanent cityward migration in developing countries." *Economic Development and Cultural Change* 25: 721-57. 1976.
- Pearse, A. "Technology and peasant production: reflections on a global study." *Development and Change* 8: 125-59. 1977.
- Peek, P. "Agrarian change and rural emigration." Ponencia presentada en el Simposio UNESCO/CLACSO sobre Migración Interna, del 18 al 21 de septiembre de 1978 en Cuernavaca, México. Mimeografiado.
- Pietri, A., y Pietri, R. *Empleo y migración en la región de Pátzcuaro*. México: Instituto Nacional Indigenista. 1976.
- Recchini de Lattes, A. *La población de Buenos Aires; componentes demográficos del crecimiento entre 1855 y 1960*. Buenos Aires: Editorial del Instituto. 1971.
- Recchini de Lattes, Z. "Urbanización." En *La población de Argentina*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadística y Censos. 1975.
- Recchini de Lattes, Z., y Lattes, A. *Migraciones en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial del Instituto. 1969.
- Redwood, J. *Internal migrations in Brazil*. Mimeografiado. Brasilia: Ministerio del Interior. 1975.
- Rendón, T. "Utilización de mano de obra en la agricultura mexicana, 1940-1973." *Demografía y Economía* 10: 352-85. 1976.
- Roberts, B. "The interrelationships of city and provinces in Peru and Guatemala." En *Latin American urban research*, vol. 4, eds. Wayne Cornelius y Felicity Trueblood. Beverly Hills, Calif.: Sage. 1974.
- Roberts, B. *Cities of peasants: the political economy of urbanization in the third world*. Londres: Edward Arnold. 1978.
- Rutledge, I. "Plantations and peasants in Northern Argentina: the sugar cane industry of Salta and Jujuy, 1930-1943." En *Argentina in the*

- twentieth century*, ed. David Rock. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press. 1975.
- Sá, F., Jr. "O desenvolvimento da agricultura nordestina e a função das actividades de subsistencia." *Estudios* CEBRAP 3: 87-147. 1973.
- Sánchez-Albornoz, N. "Rural Population and depopulation in the province of Buenos Aires 1869-1960." En *Population and economics*, Paul Deprez, ed. Winnipeg: University of Manitoba Press. 1970.
- Sánchez-Albornoz, N. *La Población de América Latina*. 2a. ed. Madrid: Alianza Editorial. 1977.
- Scobie, J. A. *Revolution in the pampas*. Austin, Texas: The University of Texas Press. 1964.
- Scott, C. "Issues in the analysis of the labor market for sugar cane cutters in Northern Peru, 1940-1969." *Journal of Peasant Studies* 3: 1976.
- Shaw, R. P. *Land Tenure and the rural exodus in Chile, Colombia, Costa Rica and Peru*. Gainesville, Fla.: University of Florida Press. 1976.
- Singer, P., ed. *Urbanización y recursos humanos: el caso de San Pablo*. Buenos Aires: SIAP. 1973.
- Soares, G. A. D. "The web of exploitation: state and peasants in Latin America." *Studies in Comparative International Development*, XII: 3-24. 1977.
- Solberg, C. E. "A discriminatory frontier land policy, 1870-1914." *The Americas* 26: 115-33. 1969.
- Spindel, C.R. *A hegemonia do café e as mudanças nas relações sociais de produção*. Ph.D. dissertation, Universidade de São Paulo. 1978.
- Stein, L. "Gatos e Boias Frias", *Opinião*, 31 June 1973. 1973.
- Stein, S. J., y Stein, B. H. *The colonial heritage of Latin America: essays on economic dependence in perspective*. Nueva York: Oxford University Press. 1970.
- Stern, C. "Cambios en los volúmenes de migrantes provenientes de distintas zonas geoeconómicas." En *Migración y desigualdad social en la ciudad de México*, eds. Humberto Muñoz et al. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de México. 1977a.
- Stern, C. *The growth of Mexico City: varying sources of its migrant inflow, 1900-1970*. Tesis doctoral, Washington, University, St. Louis, Mo. 1977b.
- Todaro, M. P. *Internal Migration in developing countries: a review of theory, evidence, methodology and research priorities*. Ginebra: Oficina Internacional del trabajo. 1976.

- Unikel, L. *El desarrollo urbano de México: diagnóstico e implicaciones futuras*. México: El Colegio de México. 1976.
- Wallerstein, I. *The modern world-system: capitalist agriculture and the origins of the European world-economy in the sixteenth century*. New York: Academic Press. 1974.
- Wardwell, J. M. *The green revolution and population distribution: a study of rural to urban migration in response to changes in the demand for agricultural labor*. Tesis doctoral, University of North Carolina, Chapel Hill. 1973.
- Whiteford, S. *Urbanization of rural proletariat*. Tesis doctoral, University of Texas, Austin. 1975.